

Un libro póstumo de la Condesa de Pardo Bazán

O

PORTUNAMENTE anunciamos la publicación de la obra póstuma de la ilustre Condesa de Pardo Bazán, sobre *El lirismo en la poesía francesa*. En el siguiente admirable artículo que tomamos de *La Epoca*, el brillante escritor D. Melchor Fernández Almagro rinde el merecido tributo a la insigne escritora:

«A una feliz iniciativa ministerial se debió la existencia—bien efímera, por cierto—de una cátedra de «Literatura de las lenguas neolatinas», en el doctorado de la Facultad de Letras. Y nadie tuvo reparo alguno que oponer al nombramiento recaído en la Condesa de Pardo Bazán para regentar la nueva enseñanza. Al contrario: se consideró muy justa aquella consagración que el Estado tenía para la especializada competencia de quien dedicó preferentes atenciones de su fecunda vida al estudio del fenómeno literario.

La Condesa de Pardo Bazán fué una novelista de considerable talla, que logró singular realce en la época famosa de mayor florecimiento en el género. Mas al propio tiempo, desarrolló de tal suerte sus aptitudes para la crítica, que ambos aspectos de su actividad como escritora, tienen que estar bien presentes en la consideración del que aspire a reconstruir la fisonomía literaria de D.^a Emilia. Y hay que señalar en su copiosa labor como expositora y exégeta de las letras extranjeras—que gustó de estudiar asiduamente—, no sólo una documentación escrupulosa, sino una vocación acendrada. Al conocimiento se unía, en nuestro gran crítico, el amor.

Ni el amor ni el conocimiento de la vida intelectual europea significaban perfiles característicos de la sociedad española al tiempo en que D.^a Emilia Pardo Bazán comenzó a escribir. La proyección de Europa sobre las lecturas habituales y corrientes era más bien escasa y débil. Don Juan Valera—no hay que olvidar su calidad de Diplomático—constituía un caso de comercio espiritual con el extranjero, que no era ciertamente frecuente. Y es probable que las grandes masas de lectores hubiesen tardado mucho tiempo en mostrar interés hacia las letras extranjeras, de no sentirse requeridas con insistencia por la voz insinuante y tenaz de la autora de dos libros que marcan un interesante punto de referencia en los anales de las lecturas españolas: *La revolución y la novela en Rusia* y *La cuestión palpitante*.

La literatura que en mayor grado mereció la atención de la señora Pardo Bazán, fué, sin duda, la francesa. No habrá que insistir demasiado en las razones de esta predilección, bien notoria. Unas, de carácter genérico: la inducción recíproca que la vecindad no ha podido menos de promover en ambos pueblos. Otras, de orden específico: de Francia venían los modelos de la novela de aquel tiempo, y era precisamente el cultivo de tal género la ocupación preferida de D.^a Emilia.

Aparte de los estudios de crítica antes citados, hay que computar, a este respecto, en el haber de la insigne escritora, dos tomos de trabajos sueltos y de polémica literaria; sus libros de viajes, ricos en alusiones, más o menos amplias, a las novedades bibliográficas y a las más recientes direcciones del pensamiento europeo, y, sobre todo, los tres tomos en que distribuyó sus juicios acerca de la copiosa floración literaria francesa en el último siglo: *El romanticismo*, *La transición* y *El naturalismo*, consultados, de seguro, más de una vez por cuantos han necesitado un rumbo, una referencia, un dato.

El tomo IV de esta serie habría de llevar por título *La anarquía y decadencia*. Mas los legajos en que parecía hallarse plasmado este trabajo, a la expectativa del soplo vitalizador de la imprenta, no se ajustaban al plan de los volúmenes anteriores, según noticia que nos da nuestro cultísimo compañero D. Luis Araujo Costa, en el prólogo de la obra póstuma de la Condesa de Pardo Bazán, cuya aparición determina estos renglones. *El lirismo en la poesía francesa*, y que con otra obra ya anunciada, *Escritores de lengua francesa*, formará el complemento, ya que no la continuación, de aquella serie orgánica de volúmenes.

El lirismo en la poesía francesa está integrado por las explicaciones de cátedra durante el curso que la Condesa hubo de consagrar a la materia

Y hay que hacer notar, a este propósito, la competencia y el entusiasmo con que nuestra autora cumplió en todo momento su función docente. «La Condesa—escribe el Sr. Araujo Costa—entregóse por completo a la labor de cátedra; descuidó su obra personal; no produjo ya novelas, ni libros de crítica, ni tuvo tiempo que consagrar a sus estudios comenzados sobre Hernán Cortés y la conquista de Méjico. El profesor venció en ella al literato.» Este alto ejemplo de diligente amor a la difusión cultural y a la formación del gusto en las disciplinas literarias, es, indudablemente, una de las más provechosas enseñanzas que se desprenden de vida tan laboriosa y fecunda cual la de la Condesa de Pardo Bazán.

El primer concepto que es natural esclarecer la autora, para que el desenvolvimiento del plan que preside su obra se mostrase con cierta lógica, es el del lirismo. La distinción inicial que trata de establecer es esta: poesía rimada y prosa. Pero no cabe olvidar que existe en la prosa de todas las literaturas una forma, no por mixta menos específica: prosa poética.

Dice verdad D.^a Emilia cuando escribe que Lamartine no fué menos poeta en *Rafael*, que es una novela en prosa, que en las *Meditaciones*, que son rimas. Y es obvia la referencia a Chateaubriand y al autor de la *Nueva Eloísa*, padre de «esta criatura triste y rebelde» que es el lirismo.

Otra distinción fundamental es ésta: lirismo no es romanticismo; si bien no puede desconocerse que el lirismo se ha beneficiado de la influencia romántica para desarrollar toda su fuerza de captación espiritual.

La fórmula política del romanticismo es ésta: el individuo frente al Estado. Para que Spencer intitulase así uno de sus escritos más difundidos, no tuvo sino que deducir esta expresión sintética de todo el imponente cúmulo de literatura política que data de *El contrato social*. Análogamente, y por obra del común abolengo, significado por Rousseau, el romanticismo literario tiene una divisa semejante: el individuo frente a la sociedad. De aquí que guarden un ostensible paralelismo las dos corrientes que representan la reacción moderna contra el individualismo peculiar del siglo último: crítica de la Revolución francesa y crítica del romanticismo (de la *aberration romantique*, como quiere León Daudet). Sin duda que el lirismo, como explosión subjetiva, ha existido siempre. Pero la exaltación del individuo a una superior categoría política y estética es, a no dudarlo, una positiva aportación del siglo XIX.

Desenvolviendo estos puntos de vista, la Condesa de Pardo Bazán intenta fijar los orígenes del

lirismo tanto en el plano histórico, como en la zona de los conceptos. Su doctrina, que aquí no podemos sino mencionar, mediante la cual se afirma la procedencia del arte realista del instinto de conservación, y el lírico, del de reproducción, requiere mayores esclarecimientos que los permitidos por esta nota informativa. Otro tema que merecería, por nuestra parte, una atención menos apresurada, sería el del lirismo en la sociedad actual. La Condesa de Pardo Bazán cree que el desarrollo del lirismo, desde el siglo XVIII acá, parece cosa terminada, cerrada, conclusa, agotados sus brotes y seco su tronco y raigambre extensísima. Pero ¿y si no ocurriese así? Ciertamente que la nueva poesía parece aspirar a eliminar las viejas y típicas sugerencias líricas, reemplazándolas por una subjetivación del mundo moderno, cuyo panorama es tan extenso y tan insospechable para el espectador de hace unos lustros.

Cierto también que el individuo pierde sustantividad, que va ganando el complejo social. Pero las sociedades también son susceptibles de lirismo, y a poco que examinemos la realidad del mundo a la hora presente, quizá reconozcamos mayor suma de impulso poético e ideal, que la presumible, en las luchas de nuestros días.

Un ejemplo: la conquista del aire es, seguramente, uno de los más bellos ensueños de la Humanidad. A fuerza de marchar por la Quimera, la aspiración se ha hecho realidad... ¡Cuántos anhelos, cuánto amor al ideal, qué dosis más extraordinaria de *poesía* metida en el alma, significa ese frágil barquichuelo aéreo, que nos aturde con su motor y nos conmueve con su vuelo! Desde su aeronave, el hombre contempla una realidad nueva, de perspectivas que se amplían sin cesar. ¿Sería decir demasiado que el lirismo no muere, sino que se transforma?

Tras los capítulos iniciales la Condesa de Pardo Bazán va tratando la materia que sometió a su examen, con la minuciosidad que cabe en estudios de limitadas dimensiones.


Hay que tener en cuenta la índole de público—estudiantes—a que se dirigía, y la intención que se propuso en sus disertaciones, preferentemente informativas, para comprender que este libro no era lugar adecuado a la exposición de visiones personales de una escuela, de un autor, de una obra. La Condesa de Pardo Bazán, Cate-drático en este tomo más que crítico, gusta de acogerse, de vez en vez, a opiniones ya recibidas de Saint-Beuve, de Brunetiére o de Bourget. A los alumnos de D.^a Emilia no les interesaba tanto una interpretación personal de las letras, como una referencia suficiente para estimular su curiosidad y para orientar ulteriores investigaciones. De aquí que nuestra autora se mantenga en una inalterable ponderación de juicio, con el noble afán de comprenderlo todo, y de hacerlo comprender correlativamente, y que manifieste a la vez un certero instinto para destacar lo importante y sustancial, sin mengua de lo subalterno y anecdótico, que queda relegado a la condición que de derecho le corresponde, en cuanto puede explicar una influencia o definir un ambiente. De aquí también las indicaciones bibliográficas que cierran cada capítulo, tan útiles siempre. Más todavía: indispensables en todo caso.

Fiel al concepto capital que estableció en un principio, nuestra autora no examina sólo la poesía lírica por antonomasia, sino todas aquellas manifestaciones literarias que contienen un fermento sustancial de lirismo. Así trata del lirismo en la novela: Balzac, Jorge Sand, por ejemplo. Y del lirismo en el drama romántico: Víctor Hugo y Alejandro Dumas.

Apremia el espacio, y no sería pertinente el traslado a estas columnas del índice de tan sugestivo tomo, no breve por cierto. Y eso que no llega a agotar el tema propuesto. De no interponerse la muerte, la Condesa de Pardo Bazán hubiese concluido su estudio con los poetas que vieron estallar la hecatombe mundial de 1914. Dios no lo quiso, y las disertaciones no van más acá de Alfredo de Vigny. Con todo, el servicio a la cultura literaria española es de considerable importancia. Y en gran parte lo hemos de agradecer al señor Araujo Costa, que ha dirigido la edición, que ha revisado y acoplado los textos, que ha ensamblado el conjunto y que, a mayor abundamiento, la ilustra con un prólogo que, una vez más, acredita su documentación y su buen sentido crítico.»

CASA GONZALEZ
MADRID (GRAN VIA 14)
SEVILLA, HUELVA
CORDOBA, MALAGA

DECORACION
CERAMICA
AZULEJOS
PAVIMENTOS
HIERROS
ARTISTICOS
SANEAMIENTO





Año IV.—Núm. 89
15 marzo 1923.

En la sociedad madrileña goza de muchas simpatías la bella señorita María Luisa López de Chicherí, hija de los Marqueses de Villacaños. El pincel del notable artista Manuel de Gumucio ha acertado a reflejar en este retrato la belleza de su rostro y la bondad de su alma.—Fot. Moreno.

ANTE LA SEMANA SANTA



ENTRO de un par de días comienza la semana de Pasión, prólogo de la Semana Santa. España, como todo el orbe católico, apréstase a evocar con solemnes actos los tristes días de la tragedia del Gólgota. Son horas de recogimiento, que invitan a la meditación...

En Madrid, tradicionalmente, el interés externo de la fiesta de Semana Santa se reconcentra en las ceremonias con que la Corte española conmemora las sagradas fechas: brillantes actos en que los Soberanos, representación de la riqueza y el poder, cumpliendo la ley sagrada de ensalzar a los humildes, y abdicando su soberanía ante la majestad de la pobreza, ofrecen a todos la más sublime enseñanza de cómo los poderosos deben enaltecer a los débiles y necesitados.

Los edificantes actos del Lavatorio y comida a los pobres son tradicionales en nuestra Real Familia.

El origen divino del Lavatorio, conocido también por el nombre de *Mandatum*, por ser ésta la primera palabra de la Antífona que se canta en tal ceremonia, lo hallamos en las palabras de Jesús a Simón: «Si no te lavase no tendrías parte conmigo.»

Aquel ejemplo de humildad, ofrecido por el Salvador antes de la institución de la Eucaristía, estableció la costumbre, en todos los ritos, de prescribir al sacerdote que se lave las manos durante la misa.

En los comienzos del Cristianismo era frecuente realizar actos semejantes al del Señor en la Cena, como lo demuestran las actas de los Santos de los primeros siglos, que aluden constantemente a dicha costumbre. La caridad se entibió después, quedando reducido el Lavatorio a una práctica monacal y a estas piadosas ceremonias de Monarcas católicos. En nuestra nación, los actos del Lavatorio y comida de pobres fueron instituidos por Fernando IV el Santo, en abril del año 1242. Desde entonces, aunque han sufrido diversas variaciones, no han dejado nunca de celebrarse con el lujo y la esplendidez característica de nuestros Reyes.

Por regla general, se han verificado estos actos en las residencias Reales, donde ha estado establecida la Corte. Durante la Edad Media se celebraron así, pero al comenzar la dominación de la Casa de Austria, adquirieron más pompa y esplendor, trasladándose Felipe II a la catedral de Toledo. Sin duda, por eso ha quedado, desde entonces, la costumbre de que la Iglesia Primada de las Españas sea la encargada de proveer a la Real Capilla de las Palmas del Domingo de Ramos.

Sin embargo, no siempre celebró Felipe II estas ceremonias en aquella catedral. Cierta día del mes de marzo de 1596 caminaba el Monarca español hacia Toledo, con ánimo de pasar allí la Semana Santa. Lo acompañaban el Príncipe Don Felipe, la Infanta Doña Isabel y otras personas.

En el trayecto se vió sorprendido el Rey por un fuerte ataque de gota, que impidiéndole seguir forzóle a que se detuviera en el castillo de Aceca. Allí, en la ermita de San Pedro, se hicieron los oficios de Jueves y Viernes Santos, a los que asistieron clérigos de Toledo y cantores de Madrid.

Felipe II permaneció en el castillo hasta el 19 de mayo y durante ese tiempo hubo frecuentes solemnidades religiosas.

Felipe IV y Carlos II celebraban los actos de Jueves Santo en el Buen Retiro y en el convento de San Jerónimo el Real. El primero gastaba en la comida a los pobres 150 doblones, repitiendo aquélla el día de San José y en la fiesta de la Encarnación.

En el año 1665 la salud de Felipe IV se hallaba tan quebrantada, que, en su representación, el Nuncio de Su Santidad lavó los pies a los pobres y les sirvió la comida.

Por las mismas razones, aun más tarde, Carlos II delegó también, para ambas ceremonias, en el representante del Papa.

En aquella época la devoción y el recogimiento de los católicos madrileños eran bastante menores que ahora. Las más encopetadas damas de la

años, en que se ha suspendido por no encontrarse los Reyes en la Corte o por otras justificadas causas.

En 1760, la Reina Doña María Amalia de Sajonia, mujer de Carlos III, asistió también al Lavatorio y comida, concurriendo a ambos actos, según una antigua costumbre, un niño que se hallaba sentado entre los doce pobres. El niño, que según el ceremonial había de ser pobre también, fué objeto de las más cuidadosas atenciones.

La primera acción de S. M. en este acto fué la de darle aguamanos, sirviendo a la Augusta señora la fuente y la botella su Mayordomo Mayor.

Después se distribuyó la comida, sirviéndola la Reina al niño, y a los demás pobres las Infantas Doña María Josefa y Doña María Luisa; el Infante Don Gabriel, a quien llevaba de la mano su Gentilhombre de Cámara; la Duquesa de Castropiñana, en funciones de Camarera Mayor, y varias Damas de la Reina.

Terminada la comida, la Augusta dama, arrodillada ante el niño, le lavó, enjugó y besó el pie derecho, haciéndolo las demás personas con los doce pobres.

Esta costumbre del niño desapareció después, celebrándose los actos del Jueves Santo en la forma en que ahora se practican, con la diferencia de que cuando asisten Rey y Reina, concurren doce pobres de cada sexo.

La conducta de la Reina Doña María Amalia en tan edificante ceremonia ha sido igualada por la de otras Soberanas. La Emperatriz Juana de Albret, mujer del Emperador Wenceslao; Santa Isabel, Reina de Portugal; Matilde, de Inglaterra; Santa Isabel, Reina de Hungría; Santa Margarita, de Escocia, y tantas más, hasta llegar a nuestros días con las Reinas Doña María Cristina y Doña Victoria, constantes protectoras de los pobres,

forman una lista ejemplar de Augustas señoras que han realizado actos de humildad cristiana.

En el Vaticano se celebra también, tradicionalmente, la ceremonia del Lavatorio y comida, haciendo el Papa, que va en su silla gestatoria a la sala donde se hallan congregados trece pobres —y no doce como aquí— vestidos todos con sotana blanca, de lana, y cubiertos por grandes capuchones. El Papa les lava los pies y les sirve la comida, guardándose los pobres, terminada ésta, los cubiertos y la vajilla.

Los Embajadores de las naciones católicas, el Cardenal Secretario de Estado, el Camarero, el Mayordomo mayor y el Capitán de la Guardia Pontificia, tienen derecho a designar cada uno un pobre. Después de la comida a éstos, los Cardenales se reúnen a almorzar. La mesa se adorna con fuentes de plata y oro, en las que están reproducidos en relieve diversos pasajes de la Sagrada Escritura. Finalizando el banquete, los Cardenales toman sus capas de púrpura y pasan a la Capilla Sixtina a cantar las Tinieblas.

Como se ve, con pequeñas diferencias, las ceremonias de Jueves Santo se solemnizan en el Vaticano y en el Palacio de España de análogo modo. En unas y otras ponen los altos Poderes nuevamente de manifiesto los más admirables principios de la Caridad cristiana: «Amarás al prójimo como a tí mismo...» —JUAN DE AVILÉS.



El entierro del Señor.—Cuadro de Tiziano.

Corte colgaban e iluminaban sus balcones y desde ellos contemplaban el paso de las rondas, formadas por numerosos jóvenes, que, acompañados de amigos y criados, llevaban grandes disciplinas, con las que muy pocas veces se flagelaban.

Los paseos de moda en los días de Semana Santa eran los cementerios o las lonjas de las iglesias, donde se congregaban las parejas de enamorados. El jueves convertíanse las puertas de los templos en puestos de comestibles, y allí los fieles adquirían golosinas, «de paso» que visitaban los monumentos.

Al llegar a la dominación borbónica, las costumbres fueron, aunque lentamente, modificándose.

Felipe V dió gran solemnidad a las fiestas santas. Cierta vez que éstas no pudieron celebrarse en Palacio, a causa de hallarse el Rey enfermo en El Pardo, se dió a todos los pobres la limosna en dinero. Las ofrendas de Semana Santa que hacía entonces la Real familia ascendían a 50 doblones, y los gastos del jueves, a 900 ducados. Las viandas para Palacio se encargaban a Sevilla.

La ceremonia del Lavatorio continuó celebrándose en la misma forma que en tiempo de los Austrias, que, con leves modificaciones, era la misma de ahora. El acto se verificaba —y se verifica— en el salón de Columnas, y ya desde el reinado de Carlos III se ha realizado siempre en el Palacio Real de Madrid, a excepción de algunos

Teatro

Cervantes.—*Los enemigos de la mujer*, de Blasco Ibáñez, adaptación de Eduardo Marquina.

Por circunstancias ajenas a la voluntad de Mercedes Pérez de Vargas y Eduardo Marquina, la obra de Blasco Ibáñez, *Los enemigos de la mujer*, se ha estrenado en época en que está ya pasada de actualidad. En 1923 nos interesan el asunto del Ruhr y las luchas políticas de Francia, en las que a veces se ven vacilar los frutos de la victoria aliada y, por consecuencia, la civilización cristiana y occidental, que dicha victoria vino a sostener y afirmar. Una producción literaria, novela o drama, que termina marchándose todos los hombres capaces de empuñar las armas a verter su sangre por la causa francesa, ha de ser simpática a cuantos tenemos fe en los altos destinos de la nación hermana, la cual, desde los comienzos de la Edad Media, es símbolo y cifra de la civilización, como Grecia lo fué en la Edad Antigua. Sobre este punto todo hombre civilizado debe compartir la tesis de Blasco Ibáñez en la novela que Marquina arregló para el teatro.

Ahora bien; los horrores de la guerra han pasado ya, por fortuna, y actualmente la campaña en favor de Francia, que los latinos tenemos la obligación de hacer en la prensa, la novela, el teatro y hasta en los libros de historia y en los tratados científicos, no puede ser retrospectiva. Debe referirse a los tiempos de ahora, procurando cortar y aniquilar la propaganda germana, esté donde esté y sosténgala quien la sostenga.

Los enemigos de la mujer es sólo una proclama pro Francia; un himno guerrero que anima y despierta en nosotros sentimientos nobilísimos; la lucha entre el factor cosmopolita de París y la Costa Azul, y el alma francesa con el triunfo de la última sobre el primero. Blasco Ibáñez ha sido en esta novela el Tirteo de una causa justa, claro está, con inspiración, medios expresivos y procedimientos actuales. En vez de versos ha escrito una novela, y ha convencido, no con clarines épicos, sino con razones de índole práctica. Pero el autor, como buen realista y observador excelente de lo histórico y circunstancial, ha encajado la acción de su obra en un momento preciso de la guerra, excluyendo aquellas abstracciones que dan a hechos pasajeros un sentido permanente y de unidad. Por ello la comedia que se representa en Cervantes da la sensación de cosa vieja, pasada, inactual.

Eduardo Marquina no es únicamente un poeta de los méritos que todos en él reconocen. Es también un hábil comediógrafo. Empieza por comprender la obra que se ha encargado de adaptar a la escena y sabe en seguida poner de realce los valores que la obra guarda en sí, merced a su dominio de la técnica teatral.

La novela de Blasco Ibáñez tiene por objeto exaltar el alma francesa, ¿Qué elementos de humanidad, qué concepciones del mundo, la sociedad y el hombre, estaban en pugna en la pasada

guerra? Dos diferentes y antagónicos. De una parte, la civilización greco-latino-cristiana, el espíritu clásico: Europa; de otro lado, el espíritu judío, la Reforma, la sumisión del individuo a un tirano, llámese Emperador o simplemente el Estado: Asia.

Al levantarse el telón en el acto primero, el estudio de la duquesa Alicia es todo asiático. La propaganda semítica se vino ejerciendo por me-

DE LA NOBLEZA CATALANA

María Edita Loresecha y Llaudaró.

Revistando la aristocracia catalana, encontramos el marquesado de Hinojosa de Alava sirviendo de marco a una atrayente figura de mujer, único vástago femenino de los ilustres Marqueses. María Edita Loresecha es su nombre oficial; Titina, la nombran sus amigos, y con este diminutivo caprichoso se popularizó en Barcelona, donde todos la quieren y admiran. No es extraño; después de haberla conocido, lo extraordinario sería no quererla.

Elegante, con esa elegancia natural ajena a toda afectación; exquisitamente delicada, hasta en los más insignificantes detalles; sutil en la conversación, que ameniza con una graciosa ingenuidad, muy suya; alegre, simpática, expresiva y vehemente, reúne las psicologías de la mujer y la niña, formando un carácter verdaderamente interesante, reflejándose las bellezas de su espíritu en un cuerpo arrogante y hermoso, que iluminan sus negros ojos llenos de movilidad y gracia.

Ama los deportes, que cultiva con verdadero entusiasmo, siendo su distracción favorita el *tenis* y, sobre todo, el *golf*, en cuyo campo suele encontrársela casi a diario, contribuyendo a aumentar la animación con su risa, su charla y alegría. Su ausencia es sentida por cuantos la tratan; en cambio, su presencia se acoge siempre con sincera simpatía.

Ha viajado por varios países extranjeros, preferentemente por Inglaterra, donde ella, con su genio bullicioso, al contrastar con las grises neblinas del cielo inglés, sería un rayo de sol hispano irrumpiendo las melancolías de una bruma nortea... Conoce casi toda España, guardando gratos recuerdos de estas excursiones. Hace dos inviernos pasó una larga temporada en Madrid, y en Madrid fué donde empezó su novela de amor con un militar, Teniente de Aviación, noble de linaje y de alma, que es la más sublime de las noblezas.

Cuando Titina Loresecha y Llaudaró, ahora «de Ibarra», por su matrimonio efectuado el 20 de febrero último pasado, reaparezca en los salones del gran mundo madrileño, sin duda volverá más hermosa que nunca, nimbada por las venturas de una ilusión realizada, cuya felicidad Dios quiera que dure lo que su vida...

D'ORECA.

dio del arte. Los bailes rusos aclimataron en la Europa occidental una manera de decoración esencialmente tártara. Es un arte que nace en Rusia, pero que se ha engendrado en la China. Los moscovitas se ocupan de que por esta vez no lo ahogue el arte europeo, como sucedió, verbi-gracia, con el estilo Luis XV, en el cual los elementos del extremo Oriente, las *chino series* y *singeries*, fueron vencidos por otros factores de arte cristiano, procedentes acaso del gótico florido, plateresco *flamboyant*, rococo, barroco, etcétera, etcétera. El estilo «baile ruso» tiene, por el contrario, un vigor y una energía que no es posible sustraerse a sus encantos, a sus colores uniformes y fuertes, a su entonación lumínica, tenue, difusa, en dirección de abajo a arriba; a sus divanes, que apenas levantan, voluptuosos, repletos de almohadones con bordados y dibujos balkánicos; a su bizantinismo perverso... Marquina da aquí una sensación bien marcada de lo que es y representa la Cosmópolis en que se mueven los personajes del novelista. Un Príncipe ruso, mezcla de cosaco y español, se impone a la mujer amada a golpes morales y hasta materiales. Años atrás, en una disputa entre el Príncipe Miguel—que es a quien acabo de referirme—y Alicia, resulta la duquesa con un verrugón en la espalda, que la produce el feroz amante con su látigo de montar. Alicia tiene un hijo, representación del espíritu nuevo de sacrificio en aras de la patria. Sus sentimientos maternos la salvan de aquella Cosmópolis espantosa, cruel y sin entrañas, en que vivieron muchos antes de la guerra. Por las salas espléndidas del Casino de Montecarlo; por Villa Sirena, donde el Príncipe Miguel consume su nostalgia de hombre rico y desocupado; por la risueña Costa Azul, frente al Mediterráneo, *mare nostrum*, flota el ambiente moral que la guerra llevó a las conciencias antes dormidas. La juventud de Francia está dando vidas a millares por que la civilización y el orden se mantengan; por que no sean baldías unas cuantas centurias de espiritualidad y fraternidad entre los hombres. Por las estancias del Casino, entre mujeres fáciles, jugadores, prestamistas judíos, gentes equívocas, que viven de la estafa, pasa una enfermera y un oficial convaleciente; la atmósfera viciada se purifica. El hijo de Alicia muere en un campo de concentración enemigo, cerca de Polonia, y, como en todas las ficciones de todas las literaturas y en todos los cuentos que deleitan a las muchedumbres, *Los enemigos de la mujer* acaban con la victoria de la virtud sobre el vicio, del bien sobre el mal, de los sentimientos patrióticos, maternales y de familia, sobre la vida ligera, insulsa, anisocial y cruel de Cosmópolis.

Mercedes Pérez de Vargas, elegantísima en todos los actos de la comedia, dió al personaje de la duquesa Alicia la exquisita feminidad que en él puso el autor. Vemos cómo muere en ella la antigua damita, toda frivolidades, que fuma opio en su estudio asiático de París, y nace la mujer que sabe ser madre y llorar al hijo que murió por Francia, mientras se dispone a prodigar el afecto maternal que mana a borbotones de su corazón, a otros soldados que, como el hijo suyo, llevan en su espíritu profundo amor a la Patria que sufre.

El resto de la compañía, en particular el señor Espantaleón, secundó con acierto la meritísima labor de la Pérez de Vargas.

LUIS ARAUJO-COSTA.

PENSEMOS EN LOS NIÑOS



U n instante nada más, amigo mío. Parezo un fotógrafo, señor León Bova. ¿No es verdad? Y, sin embargo, soy yo. Yo en persona, que vuelvo de otro viajecito por el extranjero y que, en cuanto me hallo nuevamente entre los míos, lo primero que hago es acordarme de que existe vida

ARISTOCRÁTICA y de que usted me ha favorecido siempre con inmerecidas atenciones. Vengo del extranjero y en las dos semanas que llevo en Madrid me han saltado a la vista dos o tres cosas que reviento si no las digo: una, el jaleo de la circulación—aquí hace cada uno lo que le da la gana—; otra, lo fuerte que habla la gente, y otra, y de ésta quiero ocuparme hoy, lo descuidados que están los niños en la calle. En ningún lado hay, en plena vía pública, tantos chiquillos que campan por sus respetos. Unos juegan a los toros o al *foot-ball* y sueltan pelotazos y golpes al primer transeunte que se descuida; otros encienden hogueras con papeles, para bailar y brincar alrededor, y no se abrasan vivos porque Dios no quiere, y otros se suben—o lo intentan—a los tranvías, coches y automóviles, exponiendo en tonto sus vidas y jugando con el pan de unos cuantos hombres que, al conducir los vehículos, van cumpliendo con su deber.

¿No habría manera de que esto terminara? De mucho sirve, y además es esencial, que los niños vayan a la escuela, pero es preciso que allí aprendan algo más que las cuatro reglas y algunas someras generalidades de Geografía y Gramática. Lo primero que debían saber era el comportamiento en público, que es lo que se hace, por ejemplo, en Francia. Porque se da el caso de que, precisamente, al salir de los colegios de párvulos y primera enseñanza, es cuando los chicos se sienten con más ganas de hacer travesuras, y como salen en grupos, van sin personas mayores y no tienen freno alguno que les detenga, emprenden todos esos peligrosos juegos juntos y entonces son una verdadera nube devastadora.

Como verá, amigo Casal, soy ya una persona formal, que toma los asuntos de la vida más en serio. El día menos pensado escribo una novela o una obra de sociología. Todo esto que le digo de los niños de Madrid—hablo, claro está, de los que por su posición social no pueden tener especiales cuidados—, contrasta con lo que acabo de ver por ahí fuera.

Existe en Alemania y en Bélgica, y no digamos en Inglaterra y en Francia—a pesar de los graves problemas que sobre esos países pesan—, una constante preocupación por los niños. Al convencimiento que tienen de que la prosperidad de las naciones depende del vigor de la raza, y, por tanto, de la salud de la infancia, hace que los establecimientos de educación se multipliquen y

que en el mismo grado se funden sanatorios adecuados, para que el desarrollo de la inteligencia y el del cuerpo vayan produciéndose a un tiempo mismo.

Da gusto ver a los colegiales de diez a doce años salir de sus liceos o institutos, tan serietos, con sus libros guardados en sus carteras o bajo el brazo, como penetrados de la misión im-

nuevos guardias municipales a caballo, que parece que dan un resultado estupendo.

El caso es que, así como en las familias acomodadas, lo mismo en el extranjero que en España, se ha progresado mucho en el arte o la ciencia de cuidar y educar a los niños, en otras clases sociales está aquí la infancia—por lo menos a juicio mío—en un estado de descuido deplorable. Y esto es más de lamentar si se tiene en cuenta que estos chiquillos de la calle, que en todo piensan menos en estudiar, han de formar la base de la España del mañana.

Dirá usted que esto es ya meterse demasiado en honduras y que no he de conseguir nada con todo lo que le estoy diciendo. Pero permítame que crea que si unas cuantas personas entusiastas, secundadas por maestros y autoridades, tomasen sobre sí la tarea de poner remedio a todo ello, llegaría un momento en que, insensiblemente y de un modo al parecer natural, se habrían transformado las cosas. Y una vez roto el círculo vicioso, con sólo mantener el terreno conquistado, bastaría para proseguir la obra.

Yo pienso mucho en los niños; en los niños que parecen abandonados, aun cuando en realidad no lo estén; en los niños libres, que utilizan la libertad en su perjuicio; en los niños que se creen hombres, y, por no serlo, están expuestos a todos los peligros de los niños. Quizá me pase esto porque no tengo otras preocupaciones de mayor monta. En ese caso me alegro mucho de preocuparme de los niños. No vaya a pasarme lo que a una hermana mía, que deliraba por los chiquillos, y ahora, casada hace algún tiempo, dice que no puede más, porque tiene en casa tres fieras que no la dejan parar. Cuando manda a sus hijos a paseo con la *marse* es cuando se queda tranquila. Esa, si no tuviera dinero, sería de las que dejarían a los niños jugar solos en la calle. Por eso creo yo que el sistema de las multas a los padres había de ser el más eficaz, para evitar el constante peligro en que vive la mayoría de la infancia madrileña y el espectáculo, sin duda salvaje, que muchas veces ofrece.

Y nada más por hoy. Ya sé que, a lo peor, todo esto que he dicho, se me vuelve el día menos pensado en contra y soy, a pesar de tantas predicaciones, una madre fatal, que ni sabe criar ni educar a sus hijos. Pero en el castigo llevaré la penitencia y tendré que resignarme a mi fracaso. Todo lo cual no quitará la razón, ni en un ápice, a mis juicios de hoy.

Pero ¿qué estoy hablando yo del día mañana? ¿Cómo se me ha podido ocurrir tal cosa? ¿Yo casada? ¡Vade retro! Pues poco desengañada que estoy ya de los hombres...

No hay uno, créame—y perdóneme—, que merezca la pena de una sola mirada de mujer.

¡Si no fueran tan simpáticos!...

UNA EX COLEGIALA DESENVUELTA.



«Karikato», el gran artista especializado en dibujos infantiles, imaginó este precioso cuarto de niños que tiene, ante todo, la nota de la originalidad. Sencillo, gracioso y elegante es un completo acierto del ilustre dibujante. Lleva el cuarto, en la parte alta del muro, un gran friso decorado en esmalte con fondo naranja, que representa la vida de un gato desde que se levanta hasta que se acuesta. Sobre las paredes, forradas con seda listada azul natié, se destacan, pintadas, varias cabezas de gatos. Los muebles figuran pajaritas de papel y negritos. La alfombra, de tipo «Hispania» tiene también perros y gatos. La cama, en esmalte, decorada igual, tiene el detalle original de un banquito a los pies y lleva, en los costados, unos conejos. La lámpara figura un nido con sus pájaros. La realización de este cuarto, destinado a los Sres. de Montero, se debe a la casa Rafael Rodríguez y Hermano.

portante que les está reservada en esta vida. A ninguno, ni aun a los más revoltosos, se le ocurre por casualidad echar a correr tras un automóvil; y es que, aparte de que no puede ocurrírsele, porque no tiene mal ejemplo alguno, lo pasaría no muy bien en manos del primer gendarme o polizonte que lo viera. Y luego sus padres tendrían que pagar, sin excusas, una multa muy respetable. Es el único medio de evitar una serie de atropellos que se producirían sin cesar en calles de tan extraordinaria circulación como los bulevares, por ejemplo, en donde, por cierto, están prestando servicio desde hace unos días unos

tantas predicaciones, una madre fatal, que ni sabe criar ni educar a sus hijos. Pero en el castigo llevaré la penitencia y tendré que resignarme a mi fracaso. Todo lo cual no quitará la razón, ni en un ápice, a mis juicios de hoy.

Pero ¿qué estoy hablando yo del día mañana? ¿Cómo se me ha podido ocurrir tal cosa? ¿Yo casada? ¡Vade retro! Pues poco desengañada que estoy ya de los hombres...

No hay uno, créame—y perdóneme—, que merezca la pena de una sola mirada de mujer.

¡Si no fueran tan simpáticos!...

UNA EX COLEGIALA DESENVUELTA.

EL PALACIO DE LOS MARQUESES DE BENICARLÓ



La fachada del palacio levantino de los Marqueses de Benicarló, muestra el buen gusto artístico de los distinguidos aristócratas.

ENTRE las nobles familias valencianas que más afectos y simpatías gozan en la sociedad madrileña, figura la muy ilustre de los Marqueses de Benicarló. En su elegante residencia de la calle de Almagro se han celebrado brillantes fiestas, y por ella han desfilado muchas aristocráticas familias, unidas a la de Benicarló por vínculos familiares o por lazos de amistad.

Son, en efecto, D. Juan Pérez San Millán y Miguel Polo y su distinguida esposa, D.^a Emilia Fontanals, modelos perfectos de nobles matrimonios, en cuyo hogar se rinde culto a las tradiciones de nuestra raza. Patriotas y cultos, ellos y sus hijos—entre los cuales se destaca esa encantadora Sara San Millán, que es gala de los salones aristocráticos—alternan sus estancias entre Madrid y Valencia. Y unas veces en la residencia de aquí, y otras en su casa solariega levantina, donde los blasones de Benicarló pregonan su insigne linaje, los Marqueses se hacen siempre querer y admirar, porque tienen, como hemos dicho antes, el secreto de la simpatía.

Pero el ilustre matrimonio valenciano tiene además, como nota característica, la del buen gusto, y de él son pruebas bien elocuentes las fotografías que ilustran estas páginas, pertenecientes a su residencia valenciana. Ya la fachada, sencilla y elegante, es una prueba de austeridad en gustos artísticos. En las altas ventanas, de primorosos antepechos; en la puerta de entrada, rematada por lasonado escudo, y en la serie de ventanitas superiores, separadas por esbeltas columnas, se advierte espíritu de austeridad a que nos referíamos.

El interior del palacio es alegre, artístico y confortable. El *hall* tiene la gran simpatía que dan los muebles de verano. En aquella zona, donde el sol, cálido y deslumbrador, triunfa desdante, no hay nada más agradable que una especie de *serre*, en la que las plantas y las flores forman, con las verdes persianas, las mecedoras de rejilla y los muebles de mimbre y de *rafia*, un sitio «de estar» llo de atractivos. Si además hay al fondo un piano que, bajo manos de artistas, sepa elevar el pensamiento y mover el corazón, la emoción estética será extraordinaria.

El salón y el comedor ofrecen ya otro aspecto. Suntuosos y elegantes, muestran en sus muebles de época, en sus grandes espejos, en sus arañas de cristal de roca y en sus valiosos cortinajes el lujo y el bienestar de la familia que allí vive.

Otras estancias, como el gabinete de la Marquesa, y otros detalles, como la barandilla de la escalera, que pone en comunicación los distintos pisos de la casa, completan el artístico conjunto.

Los Marqueses de Benicarló viven allí felices. Pero bien pueden asegurar que, si en tal deliciosa residencia tienen cuanto pueden apetecer, aquí no les falta tampoco, y cuentan, sobre todo, con el cariño de una sociedad aristocrática que sabe apreciar virtudes y merecimientos.



Arranque de la escala principal del palacio.

Cuando llega el invierno, bien puede asegurarse que los Marqueses de Benicarló no faltan de Madrid. A todos los acontecimientos, tristes o alegres, de la sociedad madrileña, se asocian siempre de corazón estos aristócratas levantinos, que han sabido armonizar el afecto de los de allá con ese otro sentimiento de los de aquí, que hace que los consideremos siempre como una continuación de la nobleza de Madrid, ya que tan nobles españoles son unos como otros, y que en todos alienta por igual el espíritu monárquico y patriótico.

Los Reyes tienen en gran estima a los Marqueses de Benicarló y a sus hijos. La lealtad de esta familia ilustre y los servicios por ella prestados a la dinastía reinante, fueron premiados por Don Alfonso XIII, en enero de 1917, con la concesión, al Marqués, de la llave de Gentilhomme de su Real Cámara, con ejercicio.

En cuantas ocasiones la Patria o la caridad han requerido el concurso de quienes pueden contribuir mejor a aliviar las cargas del país, este matrimonio ha figurado siempre a la cabeza de todas las generosas empresas.

Y ni la obra de la Cruz Roja ni tantas otras como se deben a la iniciativa de nuestra Reina, han dejado de conocer las esplendideces de su caridad.

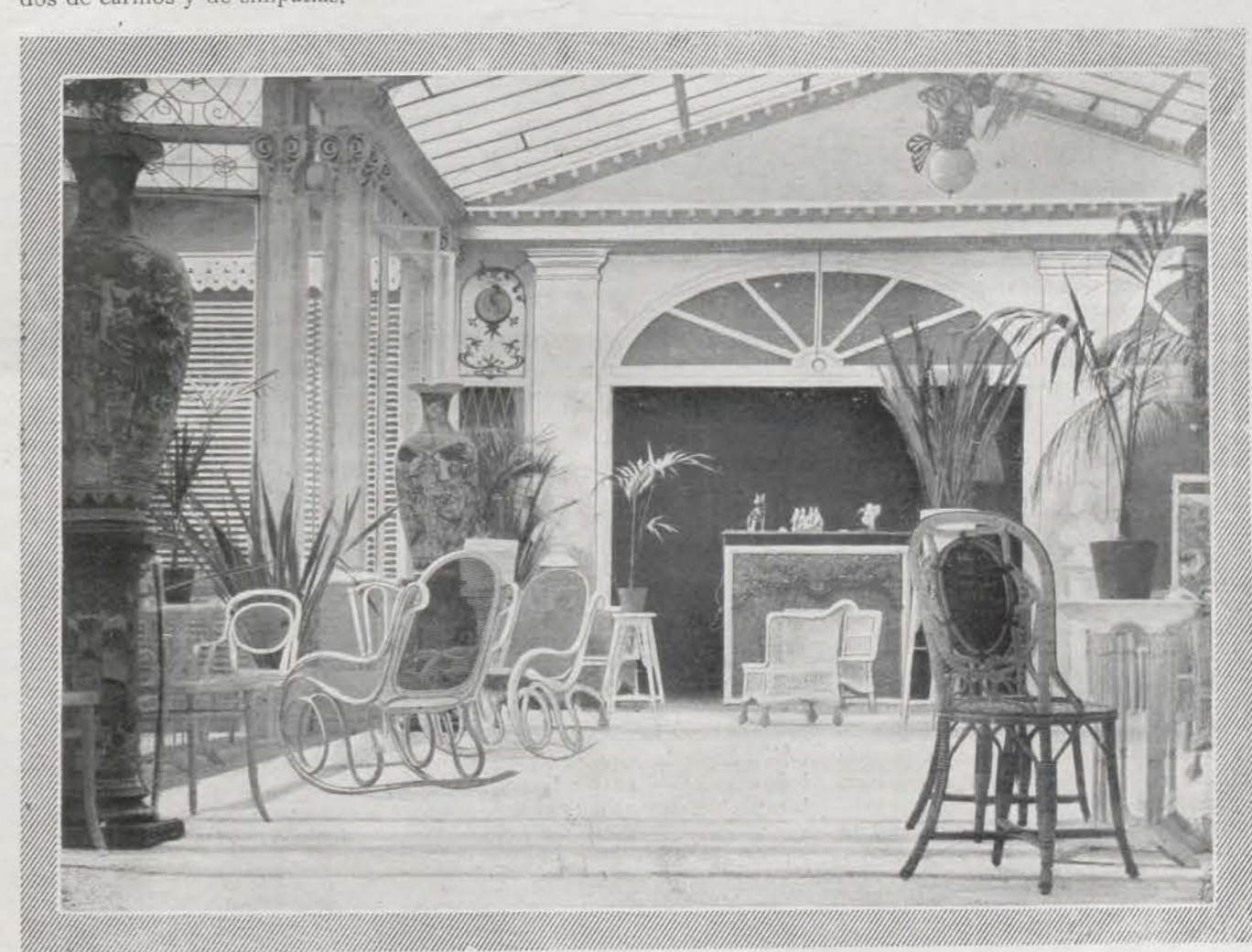
Por eso es natural que en su patria chica y en Madrid vivan los Marqueses de Benicarló rodeados de cariños y de simpatías.



En la serie de suntuosas estancias de la señorial residencia, es acaso este rincón uno de los más bellos y característicos.



El comedor, de muebles elegantes y severos, es propicio para agradables veladas familiares.



Y la «serre», alegre y luminosa, completa el artístico conjunto.—Fotografías Ricardo.

NUESTROS COLABORADORES

LA ROSA DE ORO



Su Santidad el Papa Pío XI ha bendecido el domingo último, cuarto de la Cuaresma, la Rosa de Oro que regala a S. M. la Reina Doña Victoria.

La ceremonia ha sido muy brillante, sujetándose en todo a las prácticas establecidas.

En la cuarta Dominica de Cuaresma, cuando la Iglesia canta el oficio *Laetare Hierusalem*, es costumbre que el Papa concorra a la Basílica de San Pedro, y en la capilla llamada Sacristía Pontificia, acompañado de todos los Cardenales y de dos asistentes mayores—uno de los cuales sostiene en la mano la Rosa de Oro—bendiga la flor, rociándola con agua bendita, mientras pide a Dios que «dondequiera que llegase y estuviere esta Rosa, haya paz, tranquilidad, pureza y limpieza de alma.»

Después, Su Santidad toma la Rosa y la coloca en el altar mayor. Dicese luego una misa, terminada la cual ordena el Santo Padre que se guarde, para que sirva de presente, ya en las bodas o ya en la toma de hábito de alguna Infanta o persona Real católica.

Al principio consistió la Rosa en una sencilla flor teñida de color de rosa. Después, suprimido el color, ostentó en su centro un magnífico rubí; mas a partir del siglo xv se compone de un ramo con espinas y varias rosas, entre las que sobresale una, de mayor tamaño, en la que el Papa, al bendecirla, pone bálsamo y almizcle. En general, este ramo va colocado sobre un pedestal de plata sobredorada, de forma octogonal. Lógico es que de él se hagan las reproducciones exactas al original, que una vez bendecidas por Su Santidad, según hemos dicho, van siendo enviadas a las personas agraciadas por la merced pontificia.

La Rosa de Oro tiene un poder simbólico, inspirado en las palabras del Redentor: «Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles.»

Ignórase quién fué el Pontífice que instituyó la bendición de la Rosa y la costumbre de concederla, como prueba de aprecio, a personas de calidad. Hay quien supone que tal costumbre comenzó en el siglo v; pero lo único que se sabe ciertamente, es que el Papa León IX concedió una Rosa a la familia de Luis Ursino, para premiar los eminentes servicios prestados por éste a la causa católica; que en el siglo xii, el Rey de España Alfonso VII el Emperador, mereció el mismo honor del Papa Eugenio III, y que en 1366 Urbano V envió la flor simbólica a Juana I, Reina de Sicilia.

Como se ve, antiguamente la distinción la tenían los Pontífices lo mismo para varones que para mujeres. Pero no sólo concedían la Rosa a personas, sino también a iglesias, capillas, conventos y hasta a imágenes, tales como la Virgen Milagrosa, pintada por San Lucas, que se venera en el Santuario de la Madona, de Bolonia.

Entre las personalidades españolas que, en el curso de nuestra historia, han merecido la distinción pontificia, figuran, además de Alfonso VII de Castilla, ya citado, las siguientes: Juan II de Castilla y León; Alfonso V de Aragón; D. Íñigo López de Mendoza, primer Marqués de Mondéjar; la Reina Doña Isabel la Católica; el Gran Capitán; D.^a María Enríquez, esposa del gran Duque de Alba—en cuyo sepulcro, de Salamanca, se conserva la Rosa—; la Infanta Doña Margarita, hija de Carlos V; las Reinas Doña Isabel de Valois y Doña Ana de Austria, tercera y cuarta esposas de Felipe II; la Reina Margarita de Austria, mujer de Felipe III; las Reinas Doña Isabel de Borbón y Doña Mariana de Austria, primera y segunda esposas de Felipe IV; la Infanta Doña María, hermana de este mismo Rey, que fué luego Reina de Hungría; la Infanta Doña María Teresa, esposa de

Luis XIV de Francia; las Reinas Doña María Luisa Gabriela de Saboya y Doña Isabel de Farnesio, mujeres de Felipe V, y ya en época reciente, la Reina Doña Isabel II, a quien le concedió la Rosa de Oro Pío IX, y la Reina Doña María Cristina, madre de nuestro Soberano, a quien hizo esta distinción S. S. León XIII.

La costumbre de conceder la flor simbólica sólo a Princesas que ocupen tronos europeos, data del siglo xvi.

En 12 de febrero de 1848, con gran pompa y brillantez, se verificó en el Palacio de Madrid la entrega a Doña Isabel, por el representante pontificio, de la Rosa de Oro. El 2 de julio de 1886 se repitió el acto con la Reina Regente; sólo que entonces la ceremonia fué menos brillante a causa del luto de Su Majestad por la muerte de Don Alfonso XII. El Obispo de Madrid-Alcalá, D. Ciriaco Sancha, fué el portador de la Rosa de Oro, que le fué entregada, después de solemne función religiosa, a Su Majestad. Al acto, que se celebró en la capilla real, asistieron el Cardenal Payá, la Infanta Doña Isabel, la Princesa de Asturias, la Infanta Doña María Teresa, la Archiduquesa Isabel de Austria, Jefes de Palacio, Gobierno, clases de etiqueta y otras significadas personalidades.

El presente de S. S. el Papa León XIII consistía en un ramo con ocho rosas, catorce botoncitos y cerca de cien hojas, sobresaliendo la flor del símbolo. El ramo iba en una preciosa jarra de plata sobredorada.

La Rosa regalada por Pío XI a la Reina Doña Victoria, es una valiosa alhaja, cuya confección ha sido obra de Tabanelli, orfebre del Vaticano.

Se compone de una rama de veinte rosas y más de cien hojas, que emerge de un búcaro de plata repujada, estilo Imperio, que lleva grabada en uno de sus costados una expresiva dedicatoria en latín y en el otro el escudo papal. Su coste se evalúa en 50.000 liras.

DIEGO DE MIRANDA.

IMPRESIONES



En mis manos, trémulas de emoción, tiembla el periódico; los tristísimos relatos que encierran sus largos párrafos, hacen surgir nuevamente ante mi vista el tétrico fantasma de la tragedia, y el dolor ajeno, desgarrando mi alma, inspírame tan profundo sentimiento de compasión y de piedad, que las lágrimas amenazaban ya anegar las mejillas; mas un brusco estremecimiento ha sacudido mi cuerpo; un algo así como una ráfaga de ira me secó los ojos. Es que la sangre española, muy española, que corre a raudales por mis venas, se agita, se rebela contra esa compra incua, vergonzosa, que es la prueba patente de nuestro decaimiento moral; contra ese manoseado rescate, que nunca debimos pagar a peso de oro, sino, por el contrario, conquistarlo, como siempre lo hicieron los guerreros de nuestra raza, nuestra raza; apenas si queda algún vestigio de su vigor. Los descendientes de aquellos bravos, cuyos gloriosos hechos nos narra la Historia, nuestros hombres de hoy, exentos casi de todo elevado ideal, prácticos en extremo, cuidan más de evitar un pequeño rasguño en la piel, que una herida profunda en el espíritu.

Entristecida por esta degradación de espíritu actual, ahondando en este problema, llego a pen-

sar que es la mujer casi la más culpable de lo que sucede.

La frivolidad reinante entre el género femenino, o a veces también la falta de religión, hacen que las madres no inculquen en los hijos los sagrados deberes del hombre; no se cuidan de inducir su espíritu hacia elevados ideales, y sólo les preocupa hacer del niño un arrogante Hércules. Y he ahí cómo en el día de mañana el niño de hoy, educado sin religión, sin concepto alguno del honor; exento, en fin, de toda sana moral, llega a ser hombre, después padre, quizá más tarde a marcar la pauta que han de seguir otros hombres.

El torbellino de esta vida moderna, muy práctica en muchos sentidos, pero que por lo mismo nos materializa, tiene un lamentable reflejo en las obras de los artistas. Inquieto el espíritu por la excesiva actividad; exaltada la imaginación por mil contradictorias ideas, la mayoría de aquéllas, exentos de toda inspiración, y ávidos, en cambio, de evoluciones para abrirse paso entre los prosélitos del arte, crean extravagancias de factura más o menos correcta, estrabismos de color; mas... nada que nos haga sentir la sensación de grandiosidad, la dulce melancolía que inspira la poesía, o la inquietante ironía punzadora. Sus obras son casi siempre inexpresivas; parecen unas veces balbuceos infantiles; otras, incoherencias de enajenados. Y locura es, no cabe duda, esas amalgamas de vivo color caídas sobre el lienzo, como si dijéramos al azar, sin armonía alguna, que causan

en nuestras retinas el deslumbramiento del rayo, ese afán de querer aprisionar entre rígidas líneas todo el sentir del alma, reducir sólo a alardes de fría técnica lo que debe de ser el reflejo exacto de un temperamento, lo que se debió de concebir al lento o acelerado latir del corazón.

El arte es, en sencilla teoría, la belleza de la línea o el armonioso sonido seductor, mediante los cuales el artista expresa su pensamiento, el profundo sentir de su alma, que grabado queda sobre la tersa tela coloreada, en la bella estatua de adorables contornos, en el indómito hierro, en la humilde cuartilla o sobre el simétrico pentágono. Es, en fin, la suprema inspiración que, alentando al espíritu del ser humano, le hace concebir las más grandiosas obras, para traducirlas por medio de la técnica y ofrecerlas al goce espiritual de nuestros semejantes.

Para apreciar el arte, no es absolutamente necesario conocer la técnica; basta con saber sentir. Pues si la obra que contemplamos no nos causa sensación alguna podrá ser una maravilla de factura, pero de arte carece. El artífice moderno desprecia el sentimentalismo, y no tiene otro público que el competente en tecnicismos, o el ignorante, que sigue la corriente iniciada por el *maestro*, para engañarse a sí mismo pretendiendo engañar a los demás; no tiene educada la sensibilidad, no es artista; el arte no reside mas que en el corazón.

HESPERIA.

LA VILLA, LAS RIAS Y LOS MONTES DE LA SANGRE

VI

APUESTA SANGRIENTA



El optimismo faccioso, con respecto a la toma de Bilbao y en triunfo definitivo entonces de la Causa, iba desapareciendo gradualmente a pesar de sus bien ganados laureles en la línea del Somorrostro.

El criterio del General D. Nicolás Ollo, opuesto a la operación por considerar al carlismo con escasos recursos para ello, se abrió paso en medio del entusiasmo que las victorias producían.

En efecto, no sólo después de conocer el Alto Mando faccioso la firmísima resolución de seguir luchando la invicta villa sitiada y las derrotadas fuerzas de Moriones y de Serrano, sino antes de los formidables combates de 25 de febrero y del 27 de Marzo, poco después de la rendición de Portugaleta, en el Consejo que D. Carlos hubo de celebrar en Zornoza el 11 de febrero, empezó a iniciarse entre los facciosos la división de juicios sobre si se debían seguir o no las operaciones sobre Bilbao.

El fundamento estaba en que faltaban a los carlistas elementos para pelear contra un enemigo que, apoyado por casi la totalidad de la nación, disputaba, estoico, a los facciosos sus victorias.

Ante esta resistencia, alma de la España liberal, significaban poco los escasos y deficientes cañones y morteros carlistas, mal dotados de pólvora y de proyectiles, y la pujanza de unos voluntarios, bravísimos, sí; pero cuyos medios de lucha no estaban a la altura que sus circunstancias requerían.

Por esta razón, los Consejos que, bajo la presidencia de la Majestad carlista, se celebraron en las Cruces y en San Salvador del Valle los días 16 y 28 de marzo y 12 de abril, vinieron todos a tratar de lo mismo, proponiendo el propio Don Carlos, en el Consejo del 28 de marzo, la conveniencia de levantar el sitio. La proposición, después de oír a Mendiri, que afirmó no tener los cuerpos un solo cartucho de repuesto, fué aceptada por todos menos por Elio, Berriz y Andechaga, cuya opinión se impuso al Consejo en pleno y, por consiguiente, al Rey.

Señores—dijo Elio—: Veo que todos opinan ustedes por que se levante el sitio y nos retiremos, excepto los señores General Andechaga y Brigadier Berriz, que desean su continuación; pues bien: yo opino como estos señores, y continuará el sitio y nuestra situación en la línea.

«A tales palabras—dice Pirala—se levantaron todos como protestando y diciendo cada uno para sí que para qué les habían llamado. Ofrecieron sus respetos a Don Carlos y volvieron disgustados a los cantones. Tenían razón para estarlo. Es inconcebible que en un Consejo presidido por Don Carlos, votara este señor y 17 más que convenía levantar el sitio de Bilbao y retirarse, y que votando sólo tres por la continuación, decidiera de plano Elio con aquellas palabras, que hasta podía considerarlas ofensivas casi todo el Consejo, compuesto de las eminencias militares del carlismo.»

En el Consejo del 16 de abril se acordó, después de gran discusión, no levantar la línea y esperar el tercer ataque, ordenando a las fuerzas carlistas del Centro y de Cataluña, que con sus

movimientos impidiesen acudir a Somorrostro todas las tropas liberales de España.

Los facciosos, ahora más municionados, habían mejorado su campo de acción sobre Bilbao, con nuevas y excelentes obras, abriendo más baterías, cortadas en roca viva, con espesor de cinco a seis metros, defendidas por parapetos para la infantería, y entre tanto, la invicta Villa, capital de Vizcaya, continuaba heroicamente resistiendo, sin perder ni un solo instante, no sólo su bizarría indomable, sino su buen humor sin fin, pues hasta las fiestas del Carnaval se celebraron bajo las bombas del enemigo.



Campamento liberal en el valle del Somorrostro.

«¿Qué quiere usted que se haga aquí con 3.000 hombres—escribía Valde-Espina a Dorregaray—, contra un Bilbao tan rebelde, que, después de haber aguantado 4.000 bombas, están dispuestos sus habitantes a aguantar otras tantas y a luchar con el hambre y toda clase de horrores antes de entregarse al Rey?»

Sin embargo, del fenómeno de ser muchos menos nosotros que los sitiados, de no tener más que cuatro cañones para batir 48, y carecer de pólvora para ellos y los morteros hasta el punto de que de 72 arrobas recibidas en ocho días, tan sólo 32 son útiles, crea usted que no descansa mi imaginación, para ver por dónde se puede recibir, y cómo se puede hacer algo...»

Elio escribía, a su vez, a Dorregaray: «Yo, navarro, que quiero a mi país como a las niñas de mis ojos, prefiero que entren los republicanos antes en Estella que en Bilbao.»

De tal modo estaba empeñado el amor propio



Tregua de Oficiales republicanos y carlistas.

del entonces Jefe del E. M. carlista. Empezaba la tarde del 29 de marzo en las líneas de Somorrostro; la calma más completa reinaba en aquellas asperezas, días antes inundadas de sangre; arma al brazo vigilaban los centinelas de ambos campos, y bajo tiendas de campaña en el valle o en toscas cabañas en lo alto de los montes, descansaban las tropas. Pelotones facciosos se veían recomponiendo trincheras, zanjás y parapetos, y grupos de las dos Ambulancias, liberal y carlista, recogían todavía sus muertos. En el Cuartel general del Duque de la Torre, en Somorrostro y en el sitio por los militares denominado «Paseo de la Castellana», trozo de carretera que atraviesa el pueblo, Oficiales y soldados, tomando el sol, hablaban o leían cartas o periódicos. En uno de los balcones de su alojamiento, allí situado, aparecía la figura del General en jefe D. Francisco Serrano, cubierta su cabeza con la clásica gorra de cuartel, de dos picos. Un firmamento sereno y la mar en calma y desierta, pues la escuadrilla se había retirado, completaban el cuadro.

En el macizo de Monte Janeo, en donde se encontraban emplazadas dos baterías Krup de ocho y diez centímetros, varios de sus Oficiales, entre los cuales se encontraba el Comandante D. Xavier de Alberico, discutían sobre la mayor o menor eficacia de los disparos en el frente montañoso que delante tenían.

Mirando Alberico, con sus gemelos de campaña, un grupo que delante de un caserío blanco en San Fuentes se destacaba, dijo, señalando con el brazo el punto:

—Yo pongo allí una granada, y apuesto una botella de ginebra...

Conformes todos, cargóse una de las piezas, la apuntó Alberico y se hizo el disparo. Pudo verse, sin tardar, que el proyectil había estallado en el blanco, pues el grupo quedó disuelto, y, al dispersarse, se observó bien claro que retiraban algunos hombres muertos o heridos.

Satisfechos, después, los Oficiales, celebraron con alegría el éxito, entre el humo de los cigarros y las copas de ginebra.

¿Qué sucedía, entre tanto, en el campo faccioso?

Cuando Alberico hacía a sus compañeros la apuesta que había de taladrar el corazón de la Causa carlista, allí en donde los gemelos del artillero encontraban el blanco, hallábanse reunidos en un gran corro, entre otras personalidades, lo mejor del Alto Mando faccioso: los Generales Elio, Ollo, Mendiri, Dorregaray y el Brigadier Rada. Juntos habían comido y tranquilamente fumaban, transmitiéndose sus optimismos o dudas con respecto a la campaña. Retiróse en este momento el anciano Elio, llamado por uno de sus ayudantes, separándose también del grupo Mendiri, a requerimientos de Dorregaray, que le dijo:

—Aquí hace mucho calor. Vamos a que nos bajen unas sillas, y nos sentaremos a la sombra, junto a la casa quemada.

No habían andado cincuenta pasos, cuando se oyó un cañonazo en la línea enemiga y una granada vino a explotar en el centro del grupo, envolviéndolo en densa nube de humo.

Corrieron hacia allá Mendiri, Dorregaray, Elio, su ayudante y cuantas personas por allí se hallaban, presagando una gran catástrofe...

Ollo yacía en tierra, gravísimamente herido en la mejilla y muslo derecho; Rada, mortalmente herido en el muslo derecho también; el Auditor de guerra, Estrada, casi exánime y el Coronel Torrecilla, en muy mal estado. Las demás personas quedaron leves o

milagrosamente ilesas. Recogidos los heridos y trasladado inmediatamente D. Nicolás Ollo a San Salvador del Valle, allí acudió pronto Don Carlos, estrechando en sus brazos a su viejo y fiel soldado...

Moribundo Ollo, dijo a su Soberano:

— Muero, señor, con la pena de no haber conocido a S. M. la Reina y con el sentimiento de no poder acompañar a mi Rey a Madrid.

A la hora del crepúsculo dejó de existir el bravo Conde de Somorrostro; pérdida la más grande que en su última guerra tuvo el carlismo. Organizador de primer orden y gran estratega, Ollo jamás pudo ser sustituido y su muerte marca el ocaso de la causa que tan bizarramente defendía.

Vestido con el hábito de San Francisco, el héroe que fué de cien combates, el vencedor de Nouvilas, de Moriones y del Duque de la Torre; el ídolo inolvidable del ejército faccioso, en modesto ataúd y en el suelo, estuvo expuesto toda la noche, para que por última vez vieran sus soldados al que tantas veces les llevó a la victoria.

Alumbrado su noble y sereno semblante con el lívido resplandor de los blandones, más que muerto, parecía dormido por la entereza que sus facciones conservaban.

Velado Ollo por sus ayudantes, ante su cadáver sus valientes veían aumentar su desesperación; querían vengarse, lanzándose sin tardar sobre la línea enemiga. Fué preciso que el Jefe de Estado Mayor, Elio, con toda energía y no poco trabajo lo impidiese, tomando interinamente el mando, pues aquellos hombres hubo momentos en que estuvieron cercanos a la insubordinación.

En la madrugada del 30, el Conde de Somorrostro fué conducido a Durango, en cuyo cementerio descansaron sus restos gloriosos, hasta que en junio de 1912 sus cenizas fueron trasladadas a Estella.

«El otro héroe de Navarra, el bizarro y popular Rada—dice un cronista de la Causa—, tardó algún tiempo más en sucumbir; un grueso casco de metralla le había destrozado el muslo, quedándose incrustado en él. Fué preciso sacárselo, Rada soportó la operación con un valor admirable, pero sin forjarse ilusiones acerca de su suerte. Aceptó la muerte que Dios le enviaba, aún en la flor de su edad y cuando la gloria y la fortuna le sonreían, y falleció tan cristianamente como Ollo.»

El mismo día 30 ocurrió un hecho que pudo ser trascendental en la campaña y que, sin embargo, no pasó de ser tan sólo un incidente.

En la parte más próxima al centro de la línea facciosa habían quedado, desde la última acción, varios cadáveres republicanos insepultos. Nadie, ni carlistas ni liberales, por encontrarse los muer-

tos bajo los tiros de ambos campos, se decidían a recogerlos. Y mientras tanto, el hedor producido por la descomposición de los cuerpos aumentaba, haciéndose insufragable. Entonces, sin que se sepa fijamente de donde partió la idea, los mismos soldados, de las dos líneas, acordaron una suspensión de hostilidades, para dar sepultura a sus muertos hermanos.

Se ve poco después, con asombro, que republicanos y facciosos que ocupan aquellas posiciones dejan, respectivamente, sus fusiles arrimados a las trincheras y parapetos y corren a confundirse en estrecho abrazo. Los que dos días antes se destruían en el fragor de la más espantosa de las peleas, ahora bromean y cantan juntos, formando



Temporal; crepúsculo del 11 de abril de 1874 en Las Carreras.

alegres grupos, mezclándose roses y boinas, burdos chaquetones, zamarras y azules capotes.

Lo que habían hecho los soldados lo hicieron sin tardar los Oficiales y el parlamento duró todo el resto del día.

El día 31 se prolongó la suspensión de hostilidades, y como esta vez fuese en toda la totalidad de ambos campos, y la mutua simpatía aumentase entre los beligerantes, el Alto Mando carlista hubo de prohibir esta reunión de soldados, aun continuando la tregua.

Aprovechando estas circunstancias, surgió la idea en el campo liberal de pactar un Convenio que diese fin a la horrenda lucha fratricida.

Dieron principio algunas entrevistas preliminares, y pronto en los dos lados hubieron de convencerse de que toda conciliación era imposible.

En tanto que los carlistas no admitían más idea que su Rey Don Carlos VII, Monarca Absoluto

por derecho divino, querían los liberales: los unos, un Convenio a base de un plebiscito que, previa suspensión de toda lucha, diese a España la forma de Gobierno que el pueblo votase; los otros, la continuación de la República; éstos, un Imperio militar Serrano; aquéllos, el hijo de Doña Isabel II, el Príncipe de Asturias Don Alfonso, quien llevaba tras de sí casi toda la opinión, y por quien estaba dispuesta a levantar banderas una buena parte del ejército del Norte que peleaba por libertar a Bilbao.

Llegó la Semana Santa, y con el aniversario de la Crucifixión un duro temporal a estos lugares de heroísmo y de sangre.

Densas y oscuras nubes empañan y hacen desaparecer el cristalino azul del cielo y torrentes de lluvia caen inacabables sobre los vivacs y los campamentos, anegando las trincheras, destruyendo parapetos, enterrando en lodo los cañones y haciendo desbordar a la ría, cuyas aguas arrastran el puente de pontones de Muzquiz, trocando en un completo lago el valle de Somorrostro.

Un viento huracanado desgarró y destroza las empapadas tiendas de campaña, derriba barracas y desploma rústicas chozas, y muchos de los hombres que allí viven quedan sepultados en el barro, entre montones de astillas y de piedras o bajo las revueltas y abatidas lonas.

Temiendo ahogarse con la furia del agua y del viento, los centinelas de ambos campos dejaron sus puestos; la artillería liberal quedó toda la noche del 11 al 12 de abril abandonada, y un mismo caserío albergó, por cobijarse de la borrasca, a soldados republicanos y carlistas, que amigablemente aguardaron el nuevo día calentándose como hermanos en un mismo hogar.

Pero no a todos los guerreros deprime la fuerza del temporal. Los hay que, indiferentes al huracán y a la lluvia, cantan, al rasgear de las guitarras, la ruda y vibrante jota aragonesa, que encuentra eco en lo alto de los montes, donde el faccioso, que no sufre menos el recio temporal, canta la jota navarra; brava como la aragonesa, arrogante como la aragonesa también:

La Virgen del Puñ de Estella
le dijo a la del Pilar:
«Si tu eres aragonesa
yo soy navarra y con sal.»

Y entre tanto, el mar rugía imponente y sus olas hinchadas parecían querer sumergir a la tierra.

—Estamos envuelto; en un temporal horrible—decía el Duque de la Torre—; el huracán, el diluvio y el granizo no cesan... ¡Pobres soldados!...

LORENZO RODRÍGUEZ DE CODES.

DE LA VISITA DE EINSTEIN FIESTA EN EL PALACIO DE VILLAVIEJA

La visita que en los primeros días de mes hizo a Madrid el sabio alemán Doctor Einstein, tuvo para la sociedad madrileña una nota de especial interés: la fiesta que ofrecieron a Einstein, en su artística residencia de la calle de Ventura

Rodríguez, los Marqueses de Villavieja.

Con el profesor alemán y su esposa, asistieron a la reunión los dos hermanos Kochertaler y sus esposas, emparentados con los señores de Einstein; el Ministro de Instrucción Pública, Sr. Salvatella; el Rector de la Universidad y señora de Rodríguez Carracido; Doctor Marañón y su esposa; señores de Cossío, señorita María de Maeztu, Doctor Alberto Jiménez y señora; Doctores Azúa, Pittaluga, Aguilar y Hernando; el Doctor alemán Obermayer; el arquitecto Ferreras; los artistas Moreno Carbonero, Fernández Bordas y Echevarría, y los escritores y periodistas Ortega y Gasset, Salaverría, Maeztu, Gómez de la Serna, Rodríguez Escalera, Miguel de Asúa, Spottorno, Marichalar y Marqués de Valdeiglesias.

De personas de la sociedad aristocrática con-

currieron: las Duquesas de Arión y San Pedro de Galatino; Duquesa y Duque de Plasencia; Marquesa viuda de Casa-Torres; Marquesa y Marqués de Santa Cruz; Vizcondesa de Portocarrero; Vizcondesa y Vizconde de Bahía Honda; señorita de Errázuri, que es huésped en estos días de los Marqueses de Villavieja; el Duque de Tovar y el de Villahermosa; el Marqués de Rubí, el Conde de Velayos y otros más.

El Profesor alemán fué presentado a distintas personas de la sociedad, con las cuales conversó. Todos los concurrentes fueron obsequiados con espléndido té.

Como el sabio Einstein es un notable aficionado a la música y toca muy bien el violín, y asistía el ilustre violinista Fernández Bordas, surgió la idea de que ambos tocaran en un concierto íntimo.

Persona de tan cultivada inteligencia como Einstein, debió sentir verdadero placer al encontrarse en una casa como la de los Marqueses de Villavieja, que es una de las residencias más artísticas y originales de Madrid, dispuesta y alhajada con admirable gusto.

En el comedor, adornado con antiguas *boisseries*

inglesas, se admiran magníficos cuadros franceses del siglo xviii, comprados por el Marqués de Villavieja al deshacerse un castillo inmediato a Burdeos. La plata es la que regaló el Rey Jorge II a un Embajador inglés, al *Earl* Kinnculd. Las piezas de la vajilla y los cubiertos llevan la marca de Jorge II (1752).

Entre los bellos cuadros que decoran aquellas estancias figuran: un magnífico retrato de lady Hamilton, pintado por Romney; el retrato de miss Fanne, que representa a una bella niña con alas de ángel, por Hoppner, consignado en los catálogos como de la propiedad de Villavieja, y un boceto de Goya para un cuadro de la familia de Carlos IV, que no se sabe si llegó a ser pintado; boceto que el Príncipe de la Paz regaló en París a la abuela del Marqués, que actualmente lo posee. Al boceto acompaña, a modo de auténtica, la carta autógrafa que dirigió a dicha dama el Príncipe de la Paz, quien tenía, por cierto, una letra excelente.

La reunión, muy agradable, se prolongó hasta primera hora de la noche, quedando de ella complacidos todos los concurrentes.

Bodas

DIMOS oportuna cuenta de la boda, celebrada en la iglesia de la Concepción, de la bella señorita Anita Sánchez Tirado y Vázquez de Zafra, con el Mayor del Ejército inglés, D. Alberto R. Kenworthy.

Según dijimos, el templo estaba primorosamente adornado, y la gentil desposada lució un elegante vestido blanco, con el cuerpo bordado en cuentas del mismo color. Se adornaba con valiosas joyas.

Una vez terminada la ceremonia religiosa, los numerosos invitados que a ella asistieron se trasladaron a casa de la novia, donde fueron obsequiados con un espléndido *lunch*.

Entre las muchas damas que allí se encontraban estaban las Marquesas de Luque, Cueva del Rey, Viesca de la Sirra, Vista Alegre, Tenorio y Prado Alegre; Condesas de Villamonte, Saceda, Buena Esperanza, Barbate y Ata ayuelas, y señoras y señoritas de Illana, Monjardín, viuda de Propper, viuda de Luque, Luque y Valenzuela, Requejo (D. Alberto), F. de Gamboa (D. César), Hoces, Oltra (Borbón), Gamboa, Alonso, viuda de Despujols, Despujols, Centhal, Alonso Gaviria, Vázquez de Zafra, La Torre (María Luisa), Izquierdo (D. Manuel), Aisa, Perales, Lamarca, Villar de Felices, Cejuela, Mac Leau, Urrutia, Bayo, viuda de Vigo e hija, Penche y algunas más.

Los recién casados, que continúan su viaje de novios por el extranjero, han recibido numerosas felicitaciones.

EN provincias se han celebrado también aristocráticas bodas.

En la Real Basílica de Nuestra Señora de la Merced, de Barcelona, fué bendecido el matrimonio de la bella señorita Titina de Loresecha y de Llaudará, hija de los Marqueses de Hijosa de Alava, con el Oficial de Aviación D. José María de Ibarra y de Montis, siendo padrinos la madre de la novia y el Capitán de navío D. José María de Ibarra y Méndez de Castro, padre del novio.

En Valladolid han contraído matrimonio la señorita Ana María de Avendaño y Panzat, hija del ilustre artista, fallecido, D. Serafín, y el Capitán D. Gonzalo de Córdoba.

Deseamos a los nuevos esposos venturas sin cuento.

PARA los primeros días de abril se ha fijado el enlace de la bella señorita María de los Dolores Castillejo y Wall, hija de la Condesa de Armúdez de Toledo, y viuda de Floridablanca, con el joven príncipe Duque de Almenara Alta, D. Francisco de

Borja Martorell y Téllez Girón, que lleva también los títulos de Marqués de Paredes, de Albranca y de Villel, hijo de la Duquesa viuda de Almenara Alta y nieto de la Duquesa viuda de Uceda.

Los novios están recibiendo muchos y valiosos regalos de sus parientes y amigos.

Seguramente esta boda constituirá un gratísimo acontecimiento para la sociedad madrileña, donde tantas simpatías gozan las familias de los prometidos.



La bella señorita Anita Sánchez Tirado y Vázquez de Zafra y D. Alberto R. Kenworthy, después de su enlace.

CONTINÚAN en Italia los preparativos para el próximo enlace de la Princesa Yolanda, hija de aquellos Soberanos, con el Capitán Conde Calvi di Bergolo.

Alrededor de esta boda, los cronistas más distinguidos han hecho felices comentarios. Trátase de una boda de amor. ¿No se presta ello a la alabanza y no inspira simpatía? El gallardo Conde Carlos di Bergolo une a su condición de ser uno de los oficiales más apuestos de Italia, el mérito de una herida gloriosa en el campo de batalla y

un temperamento apasionado... como para conquistar a la hija de un Rey.

La Princesa, que se había mostrado siempre opuesta a casarse por razones de Estado, había dicho muchas veces, para justificar su decisión de no salir de su país: «¿Cómo viviría sin el sol de Italia?»

Por eso, cuando en la Escuela de Caballería de Tor di Quinto, hace poco más de un año, presencié la hija del Rey los triunfos del Conde Calvi di Bergolo, y supo sus proezas, y le conoció después personalmente, y conversó con él, y pudo convencerse de que el gallardo Capitán era el hombre con que ella había soñado, apartó ya en absoluto de su imaginación otra idea que no fuera la del militar italiano, y hasta fué de incógnito a Londres con su dama particular para presenciar los éxitos que, efectivamente, obtuvo él en las grandes fiestas deportivas que el verano último allí se celebraron.

¿Sabía el Conde Calvi di Bergolo que una Princesa enamorada seguía anhelante las incidencias sus brillantes pruebas hípcas? Acaso, sí. Y quizá también, por lo mismo, los triunfos fueron tan clamorosos. Que nada guía tan seguramente la mano de un jinete como la convicción de que, pendiente de ella, están unos ojos de mujer.

El caso fué que de Londres volvió Su Alteza con la firme decisión de unir su suerte a la del afortunado galán. Lo demás puede suponerse.

El futuro esposo de la Princesa es descendiente de Lázaro Calvi, a quien el Rey de Cerdeña confirió el título de título de Conde en 1816.

La Princesa Yolanda es muy aficionada a los deportes: guía automóviles, juega al *tennis*, sabe nadar y remar y es, además, una gentilísima amazona. En cuanto a sus virtudes y su cultura, baste decir que ha tenido, como sus hermanos, por primera maestra a su madre.

Como podrá suponerse, la boda, que se anuncia para el próximo Agosto, será un acontecimiento en toda Italia.

HA sido pedida la mano de la bellísima señorita María Luisa de Goya, perteneciente a distinguida familia de San Sebastián, para el joven Abogado de este Colegio don Jesús Ibrán y Navarro-Rodrigo, hijo del Director gerente de la Sociedad Fábrica de Mieres y nieto del ya fallecido ex Ministro y ex Presidente del Tribunal de Cuentas del del Reino, D. Carlos Navarro-Rodrigo.

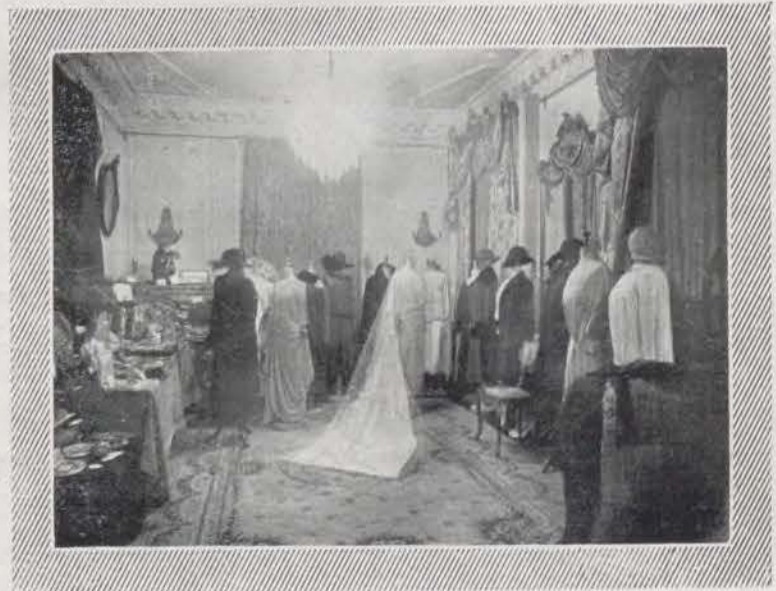
En los primeros días de abril se celebrará el enlace de la bella señorita María Isabel Ruiz de la Prada y Muñoz de Baena, hija de D. Manuel, con el joven y distinguido Arquitecto D. Francisco Javier Ferrero Llusía.

Los novios están recibiendo muchos regalos.

Ha sido pedida la mano de la señorita Carmen de Azcárraga y Basabru, nieta de los Condes de Maule, para D. Víctor González de Echavarrí.



Regalos recibidos por la señorita de Sánchez Tirado.



Los trajes de la bella desposada.—Fots. Marín.

Mundo Mundillo...



Su Majestad el Rey ha otorgado las siguientes mercedes:

Gentilshombres de Cámara, con ejercicio y servidumbre: D. Joaquín Robert, D. Raimundo Fernández Villaverde, D. Jorge Silvela, Duque de Almenara Alta, Duque de Abrantes, Marqués de Aldama y D. Francisco Maestre y Gómez.

Gentilshombres de Cámara, con ejercicio: Marqués de Valero de Palma, D. Santiago Morales de los Ríos, D. Carlos López Dóriga, Barón de Casa-Soler, D. Francisco Setuain, Marqués de Villasierra, D. Juan García Ontiveros, D. Santos Arias de Miranda, Barón de Río Tovia, D. Joaquín Ezpeleta y Montenegro, D. Luis Muro y Navarro, D. Manuel María de Arrillaga, D. Gonzalo Fernández de la Mora, D. Ramón Martínez Campos y Viesca, D. Fernando Villabaso, D. José de Quadras y Veyret, Marqués del Castillo de Jara, D. José de Taramona, Conde de Casa Lasqueti, D. Manuel Figuerola y Ferreti, Marqués de Casa Real, Conde de Riudoms, Conde de Bailén, D. Cándido R. de Celis Mediavilla y D. Fernando López Dóriga, ex Alcalde de Santander.

Gentilshombres de entrada: D. Ignacio Díaz Aguilar, D. Pedro Peñarredonda y Samaniego, D. Guillermo Gamir y Rubert, D. César Sáenz y Santa María de los Ríos, D. José Fúster y Botella, D. Daniel Barraca y Ayuso, D. Miguel Estévez y Navarro, D. José Artieda y López, D. Evelio Jiménez y Orje, D. Manuel Ribé y Labarta, D. Gundemaro Palazón y D. Joaquín Otero y Bárcena.

Mayordomos de semana: Conde de Sierrabella, Vizconde de Cuba, D. Bernardo Rolland y Miota, D. Francisco Escrivá de Romaní y Roca de Togores, D. César Jiménez Arenas y Bernaldo de Quirós, Conde de la Granja y Conde de Peralta.

Gentilhombre de casa y boca: D. José Fernández de Cuevas y Polo.

Entre las anteriores mercedes figura, según se puede ver, el otorgamiento de la llave de Gentilhombre de Cámara con ejercicio, a D. Carlos de Lara y Guerrero, sexto Marqués de Villasierra, señor de San Bartolomé de Pinares, hijo de los anteriores Marqueses de Guerra y nieto del Duque de Moctezuma de Tultengo, que fué Jefe Superior de Palacio y Mayordomo mayor de Doña Isabel II.

Es descendiente, por la Casa de Villasierra, del Rey Don Fernando II de León, y por línea materna, de los Emperadores de México; estando emparentado con las principales casas de nuestra nobleza.

Pertenece por oposición a la Judicatura, y es Oficial de Artillería, Académico Profesor de la de Jurisprudencia, Camarero secreto de Espada y Capa de Su Santidad, y posee muchas condecoraciones españolas y extranjeras.

Ha sido rehabilitado el título de Duque de Santa Cristina a favor de D.^a María Álvarez de Toledo y Caro, y se ha mandado expedir Real carta de sucesión en el título de Conde de Peracamps a favor de D. Antonio Melián y Pavía.

En la iglesia parroquial de Santa Bárbara se ha celebrado el bautizo del hijo primogénito del ex Gobernador civil de Madrid, D. Eloy Bullón, y de su esposa la bella Marquesa de Selva Alegre.

Administró el Santo Sacramento al neófito el Arzobispo de Burgos, Cardenal Benlloch, que acaba de regresar de Málaga, imponiéndole el nombre de Alfonso.

Apadrinaron al recién nacido su abuela materna, la Condesa de Medina y Torres, y D. Manuel de Mendoza, tío-abuelo.

A la ceremonia asistieron las personas de la familia y algunos amigos íntimos, que desde la iglesia se trasladaron a la casa de los Marqueses de Selva Alegre, en la calle de Monte Esquinza, donde fueron obsequiados.

Casa RAMOS-IZQUIERDO TROUSSEAU LAYETTES Plaza de Alonso Martínez, 2.—Teléfono 141-J.

TAMBIÉN se ha celebrado el bautizo de la hija recién nacida de los Condes de la Revilla. Fué en la parroquia de San Ginés y administró a la neófito el agua bautismal y luego el Sacramento de la Confirmación, el Cardenal arzobispo de Burgos, Sr. Benlloch, que la impuso el nombre de María de la Piedad.

Apadrinaron a la nueva cristiana los señores de Manzanos.

Los invitados a la ceremonia fueron obsequiados con un espléndido té en el palacio de la calle del Arenal, propiedad de los Condes de la Revilla.

En la parroquia de la Concepción se ha celebrado asimismo el bautizo del hijo recién nacido de los Sres. de Aguilar (D. Eduardo), imponiéndosele el nombre de Jaime y siendo padrinos sus tíos los Sres. de Matos (D. Leopoldo).

PREVIO informe favorable de la Diputación permanente de la Grandeza de España, ha concedido el Rey el título de Conde de las Torres de Sánchez Dalp, al distinguido sevillano D. Miguel Sánchez Dalp, tan conocido y estimado también en esta corte.

Es éste, como todos saben, un culto agricultor y uno de los primeros productores de la región andaluza, en la que posee grandes fincas. Pertenece a una distinguida familia, cuyo solar radica en la provincia de Huelva, y son hermanos suyos el Marqués de Aracena y el Marqués de Casa Dalp.

En Sevilla posee el nuevo Conde de las Torres de Sánchez Dalp una suntuosa y artística residencia, en la que se han celebrado preciosas fiestas, algunas veces honradas con la asistencia de las personas de la Real familia.

LA joven Condesa de Prías ha dado a luz, con toda felicidad, un niño.

También ha dado a luz felizmente, una niña, la señora D.^a María Teresa Coello de Portugal de Marraco, hija de los Condes de Coello.

SE halla en Madrid, procedente de Varsovia, el nuevo Ministro del Brasil en España, Doctor don Reynaldo Lima de Silva, a quien ha sustituido en aquella capital el Sr. Alcibíades Peçanha, que era Ministro en Madrid.

Sea muy bien venido.

ME encantan las cosas buenas, y aún más si son golosinas.
—Pues no dudes un instante y vete a *La Duquesita*.

EN honor de la ilustre escritora D.^a Sofía Casanova de Lutoslawski, se ha celebrado un té en casa de los Marqueses de Unzá del Valle.

NOTICIAS de Washington anuncian que ha sido nombrado Embajador de los Estados Unidos en esta corte Mr. Moore, para sustituir a Mr. Woods, que ha sido trasladado a la Embajada del Japón.

El Sr. Moore ha sido hasta ahora redactor jefe del *Pittsburg Leader*.

MARIANO SANCHO
AUTOMÓVILES
Hupmobile. Chandler. Cleveland.
Martínez Campos, 9.—Teléfonos J-1737 y J-127.
M A D R I D

Notas de pésame

DOLOROSA sorpresa ha producido en la sociedad madrileña la noticia del trágico suceso de que ha sido víctima, en su casa de Alhendín (Granada), la señora D.^a María Luisa Trujillo, perteneciente a la casa de los Marqueses de Cavaselice.

Esta anciana y respetable dama, que vivía retirada hace algunos años, fué asesinada en la madrugada del día 3, sin que los criados se enterasen. El móvil del crimen fué el robo, pues se creía que la finada tenía en casa gran cantidad en dinero. Los ladrones entraron en la finca por la puerta de la cuadra, que forzaron, y se dirigieron sin vacilar al dormitorio de la señora. Ahorcaron a ésta con una cuerda y luego arrastraron el cadáver a una habitación inmediata.

Después de saquear algunos muebles, los bandidos, que debían conocer perfectamente el interior de la casa, se retiraron con toda tranquilidad, sin que la servidumbre advirtiese nada.

La señora D.^a María Luisa Trujillo estaba emparentada con aristocráticas familias de Madrid, Granada y Murcia. Primo hermano suyo era el anterior Marqués de Cavaselice, D. Emilio de Zayas y Trujillo, casado con una Beaumont, cuyo hijo, D. Antonio de Zayas, distinguido Diplomático y poeta, lleva el título de Duque de Amalfi.

Nos asociamos muy cariñosamente al duelo de la ilustre familia.

EN esta corte ha fallecido el joven D. Manuel Abella y de Vera, Caballero de la Real Maestranza de Zaragoza y muchacho muy apreciado en nuestra sociedad.

A sus padres y hermanos—uno de los cuales, D. Fermín, acaba de contraer, como saben nuestros lectores, matrimonio con la señorita Dolores Gurrea y Retortillo—acompañamos en su dolor.

ASIMISMO ha producido gran sentimiento en Madrid la trágica muerte del Teniente D. Alfonso Gardoqui, perteneciente a familia muy distinguida, que cayó desde gran altura con el aeroplano que pilotaba. Era un valiente Oficial, que hubiera hecho brillante carrera.

Reciba su familia nuestro sincero y sentido pésame.

LA grave dolencia que sufría, en Pamplona, la distinguida señora Condesa viuda de la Rosa, hermana de los Condes de Guendulain, ha tenido doloroso término.

Nos asociamos al duelo de la aristocrática familia, enviándola nuestro sentido pésame.

A los treinta y un años, cuando más le sonría la vida, ha fallecido la Marquesa de Villabenazar.

D.^a Matilde de Fontagut y Valenzuela se hallaba casada con D. Federico Ballester Asensio, del que tenía tres hijos. A éstos y aquél, así como a sus padres los Marqueses de Valverde y a su hermana la Marquesa de Monte Real, acompañamos en su gran pena.

EN esta corte murió igualmente D. Juan Manuel de Santisteban y Salafraña, Marqués de Pinares, persona que gozaba de muchas simpatías en nuestra sociedad. A su viuda y a sus hijos, don Angel y D. Fernando, enviamos nuestro pésame más cariñoso.

CON motivo de haberse cumplido el segundo aniversario de la muerte de D. Eduardo Dato, han sido muchas las manifestaciones de pésame transmitidas desde Madrid a la Duquesa de Dato y a las hijas del que fué ilustre Jefe del partido liberal-conservador.

Nosotros nos asociamos a estas manifestaciones en recuerdo del ilustre político, que entregó su vida en aras de la Patria.

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA

CUENTOS PARA NIÑOS

MARIQUINA

MARIQUINA, preciosa niña de ocho años, espigada extraordinariamente, desarrollados sus músculos por el continuo ejercicio que hacía, no era, desgraciadamente, para su madre, D.^a María Ribas de Aceituno, ni para su abuelita, D.^a Juana, que llevaba sus setenta años con un donaire que causaba la admiración de los numerosos amigos que se honraban con la amistad de la respetable familia de Aceituno, ni para la buenísima jubilada nodriza Ramona, que tenía verdaderamente delirio por Mariquina; no era, he dicho, por desgracia, el encanto de estos tres corazones que latían al unísono, a impulsos del entrañable cariño que le profesaban.

—Pero... ¿qué tenía Mariquina?—preguntaréis vosotros, infantiles lectores, llenos ya de curiosidad por saber cómo niña tan bonita, con unos ojos negros que despedían fuego, no era el encanto de su madre, ni de sus abuela y nodriza, y, algo peor, la desesperación, a veces, de su padre, el Sr. Aceituno, acaudalado propietario de muchas tierras de labor.

Pues, sencillamente: tenía Mariquina un carácter irascible, insoportable de verdad.

Las amarguras de su madre, D.^a María, ocultando a su esposo las diabluras que a diario cometía Mariquina, no son para descritas!

¡Pobre madre! Tenía el remordimiento de haber sido débil cuando Mariquina, que apenas balbuceaba, demostraba ya, con tenacidad irresistible, sus caprichitos.

La espléndida huerta que ocupaba la parte trasera del espacioso hotel, morada de los señores de Aceituno, era testigo de las innumerables diabluras de Mariquina: no había árbol frutal en que no se encaramase, y las peras y las manzanas y los melocotones, casi verdes, no eran respetados por ella; al principio caían en gracia las travesuras, pero cuando la acometividad de Mariquina contra los árboles frutales puso en peligro el fruto, el jardinero, que había nacido en la casa y que tenía mucha ley al amo, un día en que la mayor parte de los membrillos habían caído a tierra, por las tremendas sacudidas que a las ramas le daba Mariquina, al objeto de hacer un juego de bolos con la rica fruta, el jardinero Colás puso al corriente al Sr. Aceituno de lo que ocurría.

La escena fué muy desagradable. La madre, la abuela y la nodriza, lloraban, tratan-

do de suavizar las diabluras de Mariquina, pero el Sr. Aceituno ordenó, inflexible, que prepararan el auto, pues iba a llevarla a un colegio pensionista, de castigo.

A tanto ruego y a tanta lágrima, y ante la promesa de Mariquina de enmendarse, se contentó el padre, por esta vez, con la reclusión de ocho días en el gabinete donde profesoras y profesores daban clase a Mariquina.

Pero la enmienda era cosa superior al temperamento inquieto de Mariquina; y el caso es que Mariquina tenía hermosos sentimientos. ¡Cuántas veces se guardaba los postres, para dárselos a los hijos de Colás! Era muy generosa. Una mañana que desca-

busca de su loro, cogió el del Cónsul, que era de idéntico plumaje, lo metió en la jaula, y, como no tenía tiempo que perder, se embarcó con el loro.

La estupefacción del Sr. Aceituno fué enorme cuando, solo en el camarote con el loro, pregunta éste: «¿Dónde estamos?»

—¡Qué prodigio!—exclamó el Sr. Aceituno.

—¡Qué prodigio!—repitió el loro.

—¿Cómo te llamas?—se le ocurrió preguntar al Sr. Aceituno.

—Bamundro—contestó en seguida el loro.

«¿Quién habrá educado a este loro?», pensó muchas veces, durante el viaje, el señor Aceituno.

Bamundro fué y continuaba siendo la admiración de la familia, de los criados y de toda la villa donde habitaban los señores de Aceituno.

Pues Mariquina la tomó con Bamundro: le tiraba de la cola; con una varita fina le pegaba en el pico; le tiraba bolitas de papel mojado; en fin, desesperaba a Bamundro hasta tal punto, que, un día que con un plumero lo importunó demasiado, se lanzó sobre Mariquina y hundió su afilado pico en el brazo de la niña, que dió un grito angustioso. Acudieron rápidamente la abuela y la madre; le lavaron el bracito herido, sin dirigirle más reproche que las lágrimas que empañaban los ojos de la abuela y de la madre, temiendo, qui-

zá, la escena con el padre, que justamente entró cuando terminaban de vendárselo.

—¿Qué ha pasado?—preguntó, con el ceño fruncido.

Todo el mundo temblaba por Mariquina y nadie se atrevía a responder.

—¡Soy yo la culpable, papá!—dijo entonces Mariquina—Nadie se atreve a decírtelo, pero he sido yo, que he importunado de tal suerte a Bamundro, que le he obligado a morderme. Yo prefiero mejor sufrir el castigo de ir a la pensión que engañarte.

Satisfecho el padre por este arranque de su hija, la perdonó por su franqueza, haciéndole ver que no hay nada más hermoso que decir la verdad siempre; y Mariquina, satisfecha de sí misma, se corrigió desde ese día para tener contentos a todos los suyos, sobre todo a su padre, a quien le pidió permiso para enseñar a Bamundro a decir: «El mejor jabón es el de FLORES DEL CAMPO.

Y el loro lo aprendió tan bien que parecía que lo sabía por experiencia.

FRIVOLINA.

LAS SEÑORAS DISPONEN

HOY DE UNA FÓRMULA ABSOLUTAMENTE CIENTÍFICA PARA BORRAR POR COMPLETO EL BRILLO Y LAS ARRUGAS DEL CUTIS. DICHA FÓRMULA ADMIRABLE SE HALLA CONTENIDA EN LA

CREMA

“FLORES DEL CAMPO”

Caja: 4,50 pesetas.

ÚLTIMA CREACIÓN DE “FLORALIA”

labró a un chiquillo, después de curarlo, empapando su pañuelo en COLONIA FLORALIA, para retener la sangre del herido, le regaló una cesta con la mejor fruta del jardín.

Cumplido el arresto, estuvo Mariquina muy formal dos días; pero al tercero, apenas acababa de dar las lecciones, iba al comedor grande a desesperar a Bamundro.

¿No sabéis quién era Bamundro?

Bamundro era el encanto del Sr. Aceituno. En uno de los viajes que había hecho a Canarias, compró a Bamundro, loro africano procedente de Corisco, con preciosas plumas grises y cola encarnada; pero hubo un incidente que contribuyó poderosamente a la estimación que el Sr. Aceituno tenía al loro.

Se disponía el Sr. Aceituno a embarcarse para la Península, cuando, en un descuido, salió volando el loro; al mismo tiempo, rara coincidencia, el loro del Cónsul inglés, que vivía al lado del hotel y que siempre estaba suelto, dió un pequeño vuelo..., y el señor Aceituno, que había salido corriendo en

SEÑAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{IA}
CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULTIMAS NOVEDADES
Peligros, 20 (esquina a Caballero de Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)
ABANICOS, PARAGUAS, SOMBRILLAS Y BASTONES
Arenal, 22 duplicado.
Compra y venta de Abanicos antiguos.

Bicicletas, Motocicletas, Accesorios. — Representantes generales de la **FRANÇAISE DIAMANT Y ALCYON**. — Bicicletas para Niño, Señora y Caballero.

Viuda e Hijos de C. Agustín
Núñez de Arce, 4. — MADRID. — Tel. 47-76

LA CONCEPCION SANTA RITA
Arenal, 18. Barquillo, 20.
Teléfono 53-44 M. Teléfono 53-25 M.
LABORES DE SEÑORA
SEDAS PARA JERSEYS Y MERCERIA

Gran Peletería Francesa
VILA Y COMPAÑIA, S. en C.
PROVEEDORES DE LA REAL CASA
FOURRURES CONSERVACION
MANTEAUX DE PIELES
Carmen, núm. 4. — MADRID — Tel. M. 33-93.

 **EL LENTE DE ORO**
Arenal, 14. — Madrid
GEMELOS CAMPO Y TEATRO
IMPERTINENTES LUIS XVI

CEJALVO
CONDECORACIONES
PROVEEDOR DE LA REAL CASA Y DE LOS MINISTERIOS
Cruz, 5 y 7. — MADRID

ETABLISSEMENTS MESTRE ET BLATGÉ
Articles pour Automobiles et tous les Sports.
Spécialité: **TENNIS — ALPINISME**
GOLF — CAMPING — PATINAGE
Cid, núm. 2. — MADRID — Telf. S. 10-22.

LE MONDE ELEGANT ET ARISTOCRATIQUE FREQUENTE LE HALL DU PALACE-HOTEL DE 5 A 7 1/2

CASA APOLINAR

HIJOS DE M. DE IGARTUA
FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS
MADRID. — Atocha, 65. — Teléfono M. 38-75
Fábrica: Luis Mitjans, 4. — Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA
GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
— MADRID —
Calle de la Cabeza, 34. Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE
ROBES ET MANTEAUX
Plaza Santa Bárbara, 8. MADRID

CASA JIMENEZ - Calatrava, 9.
Primera en España en
Mantones de Manila
VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS
Siempre novedades.

Viuda de JOSE REQUENA
EL SIGLO XX
Fuencarral, núm. 6. — Madrid.
APARATOS PARA LUZ ELECTRICA — VAJILLAS DE TODAS
LAS MARCAS — CRISTALERIA — LAVABOS Y OBJETOS
PARA REGALOS

NICOLAS MARTIN
Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las Reales Maestranzas de Caballería, de Zaragoza y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza, de Madrid.
Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables y espadas y condecoraciones.

LONDON HOUSE
IMPERMEABLES — GABANES — PARAGUAS — BASTONES
CAMISAS — GUANTES — CORBATAS — CHALECOS
TODO INGLES
Preciados, 11. — MADRID

HIJOS DE LABOURDETTE
CARRROCERIAS DE GRAN LUJO * AUTOMOVILES
LES DANIELS * AUTOMOVILES Y CAMIONES
ISOTTA FRASCHINI
Miguel Angel, 31. — MADRID — Teléfono J. — 723.

Acreditada **CASA GARIN**
GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS
PARA IGLESIA, FUNDADA EN 1820
Mayor, 33. — MADRID — Tel. M. 34-17

CASA LANGARICA
— SASTRERIA —
Carmen, 9 y 11. MADRID

EUGENIO MENDIOLA
(Sucesor de Ostolaza)
FLORES ARTIFICIALES
Carrera de San Jerónimo, 38.
Teléfono: 34-09. — MADRID

JOSEFA
CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAYETTES
Cruz, 41. — MADRID

LUIS R. VILLAMIL
AUTOMOVILES
MARMON :: NASH :: ESSEX
Alcalá, 62. — MADRID — Telf. S. 586.

FABRICA DE PLUMAS DE LEONCIA RUIZ
PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES
LIMPIEZA Y TESIDO DE PLUMAS Y BOAS
ESPECIALIDAD EN EL TESIDO EN NEGRO
ABANICOS · BOLSILLOS · SOMBRILLAS · ESPRITS
Preciados, 13. — MADRID — Telf. 25-31 M.

LA MUNDIAL
SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS
DOMICILIO:
MADRID || Alcalá, 53.

Capital social... } 1.000.000 de pesetas suscrito.
505.000 pesetas desembolsado.
Autorizada por Reales órdenes 8 de julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios:
Seguros mutuos de vida, Supervivencia, Previsión y ahorro, Seguros de accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de Seguros

GRAN EXPOSICIÓN DE MUEBLES
Visítad esta casa antes de comprar.
INFANTAS, 1 duplicado. TELEFONO 29-51.

UNA INTERESANTE PERSONALIDAD INGLESA

Se halla en España desde hace unos días Mrs. Asquith, esposa del ilustre político inglés, primer ministro que fué de su país al principio de la guerra y actual jefe del partido liberal independiente.

Con motivo de su llegada, el ilustre cronista *Mascarilla* ha referido interesantes detalles, relativos a esta distinguida dama, que reproducimos seguros de que serán del agrado de nuestros lectores.

«Mrs. Asquith—escribe *Mascarilla*—tiene personalidad suficiente para que su llegada a España no pase inadvertida.

Perteneció al grupo de mujeres intelectuales inglesas que gusta de intervenir en el movimiento social y político de su país.

Mujer atractiva y de inteligencia cultivada, ha tenido desde muy joven carácter independiente, evidenciado en sus actos, en sus conferencias y en sus obras literarias.

Nacida Margot Tennant de acaudalada familia escocesa, y siendo una rica heredera, tuvo mucho partido entre los jóvenes ilustres de la sociedad británica.

Cuando se casó con Mr. Asquith, era éste únicamente diputado en la Cámara de los Comunes y secretario del famoso Mr. Gladstone. Por eso pareció a algunos que miss Tennant no hacía una gran boda.

Pero el joven Mr. Asquith demostró pronto que tenía mucho talento, y poco a poco su personalidad política y parlamentaria fué elevándose hasta llegar a recoger la herencia del propio Mr. Gladstone en la jefatura del partido liberal.

Mrs. Asquith, mientras tanto, fué dándose a conocer como mujer inteligente y original.

En unión de otras damas inglesas fundó una Sociedad de señoras independientes—desde el punto de vista intelectual—que se tituló «Souls» (almas). Sabido es que en Londres hay una porción de clubs de señoras, cuya historia no dejaría de ser interesante.

Como escritora, Mrs. Asquith ha adquirido popularidad con un libro que fué muy comentado en Inglaterra.

Acostumbrada a tratar con los hombres más prestigiosos de su país, que acudían a sus salones, y habiendo mantenido con algunos relaciones de amistad y aun de amor antes de casarse, a ellos alude al escribir su vida.

En esta obra, que consta de dos tomos, la autora muestra una sinceridad rara. Emite juicios sobre sí misma y sobre las personas que con ella han tratado, prescindiendo de toda reserva, y no tiene inconveniente en reproducir trozos de cartas y conversaciones íntimas.

El libro, que se titula *The autobiography of Margot Asquith*, es curioso de oír y da idea de lo que es su autora, mejor que ninguna referencia posible.

Al frente de la obra aparece un retrato de mistress Asquith, hecho en 1920. Se ve en él que es una mujer delgada, de nariz aguileña y mirada inteligente.

Una sencilla dedicatoria a su marido, unos salmos y una máxima de Epicteto encabezan la obra.

«El mérito de ésta—dice su autora en el prólogo—dependía de que consiguiese yo reflejar

.....
España. España. Recordad su pasado, contemplad su presente, meditated sobre su porvenir. Es la Patria.

con fidelidad en la misma mis impresiones sobre los hombres y sobre los sucesos que he visto. Al concluiría estoy segura de haberlo conseguido.»

Dice luego que quiere que la responsabilidad de cuanto escriba sea enteramente suya, pues su marido no ha tenido la menor noticia del libro hasta su publicación. Y esto lo ha hecho ella, según dice, porque sabía que, si Mr. Asquith se hubiese enterado, no la habría autorizado a publicar muchas cosas.

En el primer capítulo de la obra relata mistress Asquith su nacimiento—como todo autor de memorias que se respeta—. Dice que fué en la comarca de «Hogg and Scott» en 1864. Una mujer que empieza confesando su edad no es ya cosa vulgar...

Tuvo Margot Tennant doce hermanos, de los cuales ella solo conoció a ocho. Una de sus hermanas casó con Lord Ribblesdale; a un hermano le hizo su secretario parlamentario Mr. Asquith y fué luego subsecretario de guerra con Lord Kitchener y ministro de Irlanda.

Al hablar de sus hermanos se extraña Mrs. Asquith de que ellos aprendieron muy poco en el colegio de Eaton. Ellas, en cambio, a pesar del «yugo cruel» de las ayas inglesas, salieron bastante bien educadas.

Desde muy joven, según refiere, fué Margot Tennant muy independiente. Tenía la llave de la puerta de su casa, y así podía regresar a la hora que quería acompañada de una amiga o de un amigo. Su padre, Sir Charles Tennant, era un solitario y tenía un carácter muy irritable. Se entendía muy bien con él. Su madre fué ejemplo de resignación, reserva y bondad, y su ideal consistía en evitar disgustos a los suyos.

Refiere luego Mrs. Asquith varios detalles de sus cacerías y de sus *flirts*.

En cierta ocasión se cayó al suelo, al saltar el caballo una valla. La recogió un arrogante jinete, del cual se enamoró, pero no pudo casarse con él; era casado. Se llamaba Lord Cavendish.

Cuenta después otros *flirts*. El barón Hirsch la convidó a comer en París, en un gabinete reservado del café Anglais. El millonario barón, du-

rante la comida, le confesó que su aspiración consistía en que se casase con su hijo. Ella se negó, diciendo que no pensaba casarse por dinero y que el hijo del barón Hirsch no le gustaba.

En su casa de Glen (Escocia) se entretenían las veladas familiares en juegos, en los que los reunidos hacían semblanzas de distintas personas, o bien las suyas propias, que los demás tenían que descifrar.

Margot hizo su propia semblanza, que reproduce en el libro. Es extensa; pero merece la pena de entresacar de ella algunos párrafos. La persona a que se refiere es, como queda indicado, ella misma.

«Es pequeña de estatura y muy enérgica. Su cara no revela la inteligencia que posee; sus ojos, muy claros, están demasiado juntos, y eso no la favorece. Su nariz, aguileña, cae demasiado sobre el labio superior. Boca sin expresión. Barbilla saliente. Pelo rizado. Frente despejada. Maneras sencillas. Algo enfática al hablar, y muy poseída de sí misma. Conversación precisa. Animo decidido.»

Dice después la semblanza que «no se deja ella abatir fácilmente por las circunstancias adversas de la vida, ni por los disgustos; que desprecia los consejos del vulgo y prefiere el mal oculto al bien público»; cree que las buenas amistades deben cultivarse siempre con esmero; es religiosa en el fondo, pero poco practicante en la forma; es constante y leal en sus afectos; tiene falta de perseverancia, puesto que acomete muchas cosas en las cuales luego no persevera.

Mrs. Asquith reanuda el relato de su vida contando varios episodios, entre ellos uno muy tierno relacionado con la muerte de su hermana Laura, desgracia que la impresionó vivamente. Con este motivo describe la diferencia de caracteres entre su hermana y ella, diciendo cómo a Laura le producía un hondo dolor no decir que «sí» a los que pretendían su mano, y, en cambio, a ella le encantaba mostrarse cruel con sus pretendientes.

El resto del libro va amenizado con trozos de cartas íntimas y reproducciones de conversaciones con ilustres personajes del Reino Unido. Todo ello ilustrado con interesantes fotografías de ella misma, de sus parientes y de sus amigos, con las dedicatorias puestas por ellos en los retratos.

Se comprenderán los comentarios a que la publicación del libro dió origen en Inglaterra, dada la calidad de la autora y el ser su marido primer ministro.

Recientemente fué Mrs. Asquith a los Estados Unidos, en donde dió varias conferencias que interesaron a la opinión norteamericana.

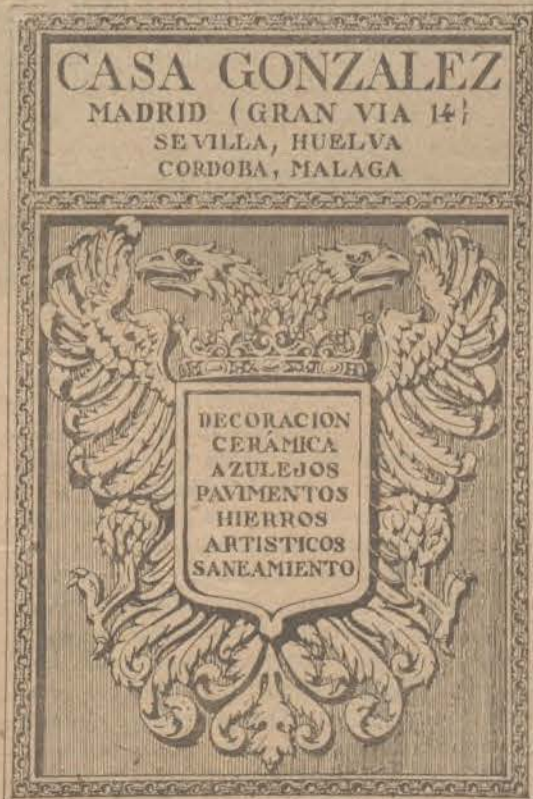
En ellas demostró que sus ideas políticas son avanzadas, y que su concepto del feminismo es muy personal.

La crítica británica se ha ocupado de ella en reciente ocasión, porque en la novela *Dodó*, de Benson, se ha creído ver en la protagonista a la propia Mrs. Asquith.

Hija de Mr. y Mrs. Asquith, es la actual Princesa Bibesco, dama muy bella, esposa del diplomático rumano que fué ministro de su país en los Estados Unidos.

MASCARILLA.

.....
Al mismo tiempo que el nombre de madre, enseñad a vuestros hijos a pronunciar el nombre de España.



BENAVENTE EN AMÉRICA

PALABRAS DE UN PATRIOTA

Por considerarlo, no sólo digno de reproducción, sino de que en los corazones de nuestros compatriotas queden grabadas para siempre, publicamos—contribuyendo con nuestra modestia a difundirlas—las siguientes palabras del discurso pronunciado por Don Jacinto Benavente en Méjico, durante su reciente estancia en aquel país.

«No he querido fiar—dijo el gran dramaturgo español—a los azares de una improvisación el testimonio de mi gratitud. Temía que la emoción quebrara mis palabras y que pareciera mezquina demostración lo que tal vez hubiera sido lo más elocuente: una emoción sincera, honda... Pero tal vez también esta misma emoción, al contenerse, no hubiera expresado cuanto yo siento en este momento.

Hoy no cambiaría por nada el orgullo de ser español. Y ¿sabéis por qué? Porque al serlo soy vuestro también, soy de toda esta América española, en la que no puede uno sentirse extraño ni extranjero. Vuestro, como de España, es mi nombre; vuestra es mi obra, vuestro es el aplauso que hubiera podido merecer por el mundo.

Pudo desmoronarse el imperio material y político; pero este imperio espiritual del verbo sigue siendo el sol de gloria que no se oculta en los dominios espirituales de España. Es el sol de Cervantes, Calderón, Santa Teresa, fray Luis de León y de Granada...

Al defenderlo, al guardarlo como patrimonio heredado, aun al combatir contra la misma España, combatís por ella, pretendéis salvar lo que de ella creáis perdido: el espíritu de la raza.

¡España y Méjico! ¡Qué semejantes en sus engañosas apariencias ante los juicios del mundo! ¡Qué mal entendidos! ¡Qué mal apreciados! Cuántas veces se les habrá dado por muertos, y viven y vivirán, porque Méjico, como España, son de esos pueblos de tan intensa vitalidad, que, aun vencidos por la fuerza—y qué fuerza sería preciso para ello—, lograrán al fin ser los

vencedores, como lo fué Grecia de Roma, por virtud de su espíritu.

Ya en la paz lo consiguen. A España llegan muchos extranjeros abominando de ella, y terminan bailando sevillanas y toreando becerras, porque con los toros no se atreven... En Méjico les sucede lo mismo. Tiene el mismo encanto de seducción; tiene, como España, esa misma espiritualidad, que al pasar por cualquiera de sus pueblos más miserables, pone más pensamientos en el entendimiento y más emociones en el corazón que muchas de esas grandes naciones atestadas de civilización material, pero con tan poca alma que hasta cree uno haber perdido en ellas lo que llevaba.

¡Méjico y España! Yo quisiera siempre verlas muy unidas, amándose y comprendiéndose tanto como las desconocen las demás. Unidas como lo estáis ahora españoles y mejicanos en este grato homenaje a España de que es ocasión mi persona. Bien comprendéis que no ha podido ocultarseme, cómo en una disculpable exaltación de patriotismo, hay mejicanos que sólo quieren detivar de su propia raza. Pero la Historia es inexorable como la naturaleza misma, y no procede por saltos. Hay que aceptarla si no queremos colmar vacíos con ideologías que no se cimentan ni en la naturaleza ni en la Historia. No hay que renegar de nada. Realidad es que sois mejicanos, hijos de una raza noble, fuerte, que logró una civilización espléndida. Pero realidad es también que por aquí pasó España, raza noble, fuerte también, con otra civilización y otra cultura también considerables. En su obra pudo España cometer errores, torpezas, pero España no envileció nunca a sus colonias. La prueba es que de ella salieron pueblos grandes y libres. Y un pueblo envilecido ni sabe, ni puede, ni merece ser libre. Los pueblos de América han sabido serlo. ¡Qué mayor prueba de que España no había ahogado en ellos ese noble sentimiento de independencia y de dignidad!

Señores, por la gloria de Méjico, por la gloria de España, por cuanto pueda unirlos en un alto ideal de perfección.»

NUESTROS COLABORADORES

FERNÁNDEZ FLORES Y SUS OBRAS

UNA coincidencia he observado en los libros del Sr. Fernández Flores, un detalle que, al considerarlo a la ligera, pudiera parecer pueril, falta de importancia, y que, sin embargo, no lo es. Consiste en que la mayor parte de sus novelas, casi todas las que tienen ilustrada la portada con un dibujo alusivo al argumento de la obra, expresan el espanto en este dibujo: las facciones del hombre o de la mujer que en él aparece son contraídas en una mueca, bien de terror, bien de hastío. Es que el dibujo responde al argumento. Se dirá tal vez: ¿Y cómo un humorista tiene un concepto tan trágico de la vida?

Es muy natural tal duda o pregunta. Estamos acostumbrados a ver el humorismo en dibujos caricaturas y en artículos festivos, y de esta manera no sabemos qué encierra un algo de tristeza, más grande, más verdadera que la risa que pudiera provocar. Porque ¿qué es la risa, más que el efecto de la percepción del ridículo? ¿Y qué es el ridículo, sino la cosa más triste, más digna de lástima que se puede imaginar?

La risa es acción exclusivamente humana, porque sólo el hombre es capaz de percibir el

ridículo de una manera suficientemente intensa para producir hilaridad. Aunque hay bestias que ríen, su risa es una función fisiológica, como el bostezo, por ejemplo, y de esta otra manera también es susceptible el hombre de experimentar el fenómeno en cuestión, siendo así la risa del niño que se siente abrigado en el invierno.

Pero la risa humana, la risa verdadera, sólo puede causarla la idea del ridículo, y ya se sabe que ésta encierra en sí, mezclados, unidos íntimamente, risa y llanto. Por eso, destacando el uno o la otra, hay humoristas que presentan el ridículo para que la gente se regocije a costa de la víctima, y otros que lo hacen de modo que ésta sea compadecida. De los últimos es el humorismo del Sr. Fernández Flores: hace llorar. Claro que a algunas personas les produce hilaridad, porque ambos sentimientos van tan unidos, tan mezclados, que difícilmente se experimentará el uno sin el otro, siendo efecto, por lo general, de esta amalgama, la sonrisa a narga, la risa compasiva. Será mayor uno u otro sentimiento, según el grado de cultura, de educación, o simplemente el temperamento. Hay quien se ríe estrepitosamente al ver que un señor gordo cae al suelo, desoyendo las leyes de humani-

dad, que mandan compadecerse, y quien no puede reprimir las carcajadas mirando la peluca grotesca de una vieja, que debiera causarle lástima.

De esto se lamenta el Sr. Fernández Flores en una interviú. Dice: «A veces arrojo con todas mis fuerzas una piedra a la cabeza del ridículo personaje. (*El absurdo.*) Pero su cabeza es terriblemente dura y sólo consigo abollarle la chistera. Entonces el vulgo me dice: «Me ha hecho gracia esa abolladura»; y me entristece esa incompreensión, porque no ha sabido ver que mi designio era trágico, y no cómico.»

Pero no a todos hace reír esa pedrada a que se refiere el Sr. Fernández Flores. Al leer sus novelas, se hace el lector inteligente la siguiente reflexión:

—La vida es una tragi-comedia; los hombres son muñecos de Guñol, pequeños y grotescos; las mujeres, figulinas inconscientes, encargadas de verter sobre la existencia la miel y la hiel, y los hechos que entre hombres y mujeres ocurren, grandes, transcendentales para el agente; pequeños, insignificantes, anodinos para los demás. Y al ver los grotescos esfuerzos que hacen los humanos para vencer, unas veces sus propias pasiones, y otras el Destino, que les dió un carácter, una manera de ser, con arreglo a la cual han de obrar siempre, no puede el lector dejar de pensar: «Es gracioso este muñeco, empeñado en hacer otros movimientos de los que sus muelles le permiten. La vida es cómica.»

Pero, fijándose un poco, observa que el muñeco llora y deja caer, abatido, los brazos inarticulados. Entonces, rectifica compasivamente: «No, no; me equivocaba. La vida es trágica.»

¿Por qué es trágica la vida; porque este muñeco vanidoso llora de impotencia? Si; por eso nada más. Supongamos, por un momento, que obrara de una manera extraordinaria. ¿Que? ¿Tiene celos? Pues mate al rival. He aquí que el muñeco se arma de un puñal y atraviesa el corazón del afortunado galán. Esto, ¿sería trágico? Yo creo que no. El muerto ya no sentirá dolores, y al muñeco homicida la vanidad no le permitirá arrepentirse y llorar su crimen; a todas horas repetiría la cantinela: «¡Yo soy un hombre terrible; yo he sabido vengarme!»

Pero no hace esto, se considera incapaz de ello, y por eso llora, odia.

Como de esta manera sucede en la vida, la vida es una tragedia, pero una tragedia sin sangre, sin heridas, sin actos violentos. Tal vez pregunte alguien: «Y sin eso, ¿cómo hay tragedia? ¿En qué consiste?» Consiste en el aburrimiento, la incomodidad, el hastío; consiste en ver llegar los últimos años de existencia y preguntarse, aterrado, a sí mismo: «Yo, ¿para qué he vivido? Al que tal se interrogara, le haría contestarse el Sr. Fernández Flores: «Creo que no he vivido para nada.» Y, seguramente, tiene razón.

El Sr. Fernández Flores tiene razón siempre. Resplandece en su frase la más pura lógica, y sus argumentos, por lo sencillos y claros, no admiten la rebatida. Tal vez en esto consiste su humorismo. Presenta las cosas como debieran ser, para que resalte la forma absurda que en realidad revisten, y así, palabras y obras que nos muestra, de las que estamos acostumbrados a ver y presenciar como la cosa más lógica, más natural, nos extrañan con un algo de novedad, con un algo impensado, que sólo es el aspecto ridículo que tienen, en el que nunca habíamos reparado, y que ahora nos obliga a pensar: tal cosa es necia; tal otra absurda.

FRANCISCO AYALA.